

PERSONAJES

SIDI - LA BELDAD ALDEANA
 LAKUNLE - MAESTRO DE ESCUELA
 BAPOKA - EL BALE DE ILUJINLE
 SADIKU - SU MUJER PRINCIPAL
 LA FAVORITA
 MUCHACHAS DE LA ALDEA

UN LUCHADOR
 UN TOPÓGRAFO
 MUCHACHAS DE LA ESCUELA
 SERVIDORES DEL BALE
 MÚSICOS, BAILARINES, MÁSCARAS
 PRISIONEROS, MERCADERES, LA ALDEA

LA MAÑANA

Un claro en las orillas del mercado, dominado por un inmenso árbol Odán.² Estamos en el centro de la aldea. La pared de la escolita montana flanquea el escenario por la derecha, y una tosca ventana, en el centro de la pared, se abre sobre el escenario. A través de esta ventana se escucha el canto de las tablas aritméticas. Luego de una pequeña pausa, comienza la acción. Sidi entra por la izquierda, lleva un pequeño cubo de agua sobre la cabeza. Es una muchacha esbelta, de cabellos bien trenzados. Una verdadera belleza aldeana. Balancea el cubo sobre la cabeza con la naturalidad de todo lo habitual. Se envuelve con la familiar tela ancha que se pliega sobre los senos y muestra sus hombros desnudos.

Tan pronto como aparece en la escena, el rostro del maestro de escuela se asoma por la ventana. (El canto continúa, "tres por dos, seis", "tres por tres, nueve", etc.) Lakunle, el maestro, desaparece de la ventana. Su lugar lo toman dos de sus alumnos, de once años de edad aproximadamente, que, para burlarse de Sidi, zumban con fuerza por entre las manos ahuecadas delante de la boca, y aplauden con estas rítmicamente. Lakunle aparece de nuevo, ahora por delante de la ventana, y se dirige hacia Sidi, después de darle unos cocotazos a los muchachos antes de que puedan esquivarlos. Los muchachos se van aullando y el maestro cierra la ventana. El canto se apaga poco a poco. Lakunle tiene casi veintitrés años. Viste un traje inglés de corte anticuado, raído, pero no roto, limpio, aunque sin planchar; obviamente una o dos tallas menor que la suya. Su corbata hace un nudo muy pequeño, y desaparece bajo un brillante chaleco negro. Usa pantalones muy anchos de piernas y tenis blancos.

LAKUNLE: Déjame llevártelo

SADI: No.

LAKUNLE: Sí, déjame. (Agarra el cubo y se le derrama encima un poco de agua.)

SIDI: (Contentísima.) Ahí tienes. Agua para tus penas. ¿No te da vergüenza?

LAKUNLE: Así le dijo la olla al fuego: ¿No te da vergüenza, a tu edad, lamerte el fondo? Aunque le hacía cosquillas de cualquier forma.

SIDI: El maestro está muy proverbial esta mañana. Y ahora, si ya acabó con su lección, ¿me devuelve el cubo?

LAKUNLE: No. Te he dicho que no lloves cargas sobre la cabeza. Pero eres más terca que una cabra analfabeta. Es malo para tu columna y te reduce el cuello, de modo que muy pronto no tendrás cuello alguno. ¿Quieres verte chata como las figuras que dibujan mis alumnos?

SIDI: ¿Por qué me ha de preocupar eso? ¿No has jurado que mi aspecto no afecta tu amor? Ayer, arrastrándote de rodillas por el polvo, me dijiste:

Seminario de Estudios Interdisciplinarios
 Departamento de Humanidades
 Facultad de Humanidades
 Universidad de Puerto Rico
 Recinto de Río Piedras

27/04/06 JCS

10811/3

mases el Cope RAV 03

Sidi, si fueras encorvada o gorda, y tuvieras la piel escamosa como una...

LAKUNLE:

¡Basta!

SIDI:

No hago sino repetir lo que dijiste.

LAKUNLE:

Sí, y seré fiel a cada palabra pronunciada, ¿pero debes estropearle el cuello a cuenta de ello? Sidi, resulta indigno de una mujer. Sólo las arañas llevan cargas como lo haces tú.

SIDI:

(Con enfado, muestra su cuello, airosa.)
Bueno, es mi cuello y no tu araña.

LAKUNLE:

(Observa, y de repente se alborota.)
¡Y además, mira eso! ¡Mira eso, mira!

Hace un giro con las manos en dirección a sus senos.

¿Quién habló de vergüenza hace un momento?
¿Cuántas veces voy a recordarte, Sidi, que una muchacha adulta debe cubrir sus... sus... hombros? ¡Puedo ver una parte bastante... bastante grande de... eso! Y como yo, supongo que puede hacerlo cualquier hombre de la aldea. ¡Vagos todos, sinvergüenzas, inútiles que lanzan sus libidinosas miradas hacia donde no les incumbe...!

SIDI:

¿De nuevo con lo mismo? Si me hice el pliegue tan alto y tan apretado que apenas puedo respirar y sólo porque me insistes de continuo. Tengo que dejar mis brazos libres para poderlos usar... ¿O acaso no lo sabes?

LAKUNLE:

Podrías ponerte algo. Casi todas las mujeres modestas usan algo. Pero tú no. Tú tienes que andar desnuda por las calles. ¿No te importan... las difamaciones, las bromas lujuriosas, los vulgares chasquidos que las muchachas, descubiertas como tú, arrastran tras sí?

SIDI:

Ya esto es demasiado. ¡Eres tú, Lakunle, quien me dice que soy la comidilla de la gente cuando todo el mundo conoce al loco de Ilujinle, que se dice maestro! ¿Es Sidi quien hace que los hombres se atraganten al beber, o tú, con tus grandes palabras estrepitosas sin ningún significado? ¡Tú y tus destartalados libros, arrastras tus pies hacia el umbral de cada casa, para luego sacarlos con rapidez mientras te saludan con maldiciones, en vez de darte la bienvenida! ¡Es a Sidi a quien le llaman tanto hasta los niños o a ti con tus ínfulas refinadas y tu poco sentido común!

LAKUNLE:

(Primero indignado, después recobra la serenidad) Por eso, ¿qué significa una joya para los puercos? Si ahora soy mal comprendido por ti y por tu raza de salvajes, me alzo por encima de los insultos y me mantengo sereno y confiado.

SIDI:

(Furiosa, sacude ambos puños hacia Lakunle.)
¡Oh, oh, me dan ganas de aplastarte el cerebro!

LAKUNLE:

(Retrocede un poco, pero la echa a un lado con un gesto muy altanero.)
¡Un sentimiento natural provocado por la envidia: pues, como mujer, tienes un cerebro más pequeño que el mío!

- SIDI: (Aún más furiosa.)
¡Otra vez! ¡Me gustaría saber qué te hace pensar con semejante presunción masculina!
- LAKUNLE: (Muy paternalista.)
No, no, ya he sido engañado antes por esa treta: ya no puedes arrastrarme hacia debates que están muy por encima de tu cerebro.
- SIDI: (Que se contiene al no poder encontrar la palabra justa.) No hay más que hablar. Y si alguna vez te atreves a volver a detenerme en medio de la calle...
- LAKUNLE: Vamos, vamos, Sidi...
- SIDI: Dámelo, o te voy a..
- LAKUNLE: (La acarra.) Por favor no te pongas furiosa conmigo, no me refería a ti en particular, y de todas formas no soy yo quien lo dice, los científicos lo han demostrado. Está escrito en mis libros: las mujeres tienen el cerebro más pequeño que los hombres, por eso se les llama sexo débil.
- SIDI: (Se desembaraza de él.)
Sexo débil, ¿no? ¿Es de una raza más débil quien machaca el ñame o se encorva todo el día para sembrar el millo con un hijo atado a la espalda?
- LAKUNLE: Todo eso forma parte de lo que quiero decir. Pero no te preocupes. Dentro de un año o dos, tendrán máquinas que se encargarán de machacar en lugar de ustedes y que molerán la pimienta para que no se les meta en los ojos.
- SIDI: ¡Oh, oh! En realidad piensas virar todo el mundo al revés.
- LAKUNLE: ¿El mundo? ¡Oh, eso! Bueno, quizá después. La caridad, dicen, comienza por casa. Mientras tanto, es esta aldea la que virará al revés. ¡Y comenzaré por ese astuto bribón de tu antiguo pretendiente, el experto en autoconciencia, el jefe tradicional de la aldea, el Bale⁵, el tal Baroka!
- SIDI: ¿Todavía la tienes cogida con el Bale? ¿Qué te ha hecho Baroka?
- LAKUNLE: Ya se enterará. Bien pronto se lo haré saber.
- SIDI: Dime una cosa: estas ideas de futuras maravillas ¿las compras o simplemente enloqueces y sueñas con ellas?
- LAKUNLE: Un profeta se honra en todas partes salvo en su propia casa. A los sabios se les ha llamado locos antes que a mí, y seguirán abusando así con muchos más. Pero ya que esperas mi contestación debes saber que la idea no es totalmente invención mía. Lo que vislumbro se conoce en Lagos, esa ciudad mágica, en Badagry, donde las mujeres Saro se bañan en oro, incluso en pueblos más pequeños, a menos de doce millas de aquí...
- SIDI: Bueno, pues vete allá. Ve a esos lugares donde las mujeres te comprenderían al escuchar esos planes con los que me agobias a diario. ¿No conoces el apodo que te han puesto aquí? ¿Has perdido la vergüenza tan por completo que las burlas te pasan por encima?
- LAKUNLE: No. Te he dicho que no. La vergüenza pertenece exclusivamente al ignorante.

- SIDI: Bueno, pues me voy. ¿Puedo llevarme el cubo, o no?
- LAKUNLE: No hasta que me des tu palabra de casarte conmigo.
(Toma su mano, en un instante, conmovedor.)
Sidi, un hombre debe prepararse para luchar solo, pero es mejor si tiene una mujer que esté a su lado, una mujer que pueda comprenderlo... como tú.
- SIDI: ¿Y te comprendo yo?
- LAKUNLE: Sidi, mi amor abrirá tu entendimiento como la hoja del agnocasto por la mañana, cuando el sol la toca por primera vez.
- SIDI: Si empiezas con esas cosas, me iré a la carrera. Ya te oí bastantes tonterías de esas ayer.
- LAKUNLE: ¿Tonterías? ¿Tonterías? ¿Oyen esto? ¿Está alguien oyendo? ¿Pueden las piedras soportar el escuchar esto? ¿Llamas tonterías a que vierta las aguas de mi alma para lavar tus pies?
- SIDI: ¿Cómo dijiste?
- LAKUNLE: ¡Es inútil! ¡Inútil! Sidi, mi corazón estalla en flores de mi amor pero tú, tú y lo estéril de esta aldea las pisotean con los pies de la ignorancia.
- SIDI: (Sacude la cabeza desconcertada.)
Si al caracol le pincha algo en la concha se marcha. Cambia de casa. ¿Por qué te quedas tú?
- LAKUNLE: Por fe. Porque tengo fe ¡Oh, Sidi!, júrame tu propio amor imperecedero y despreciaré las burlas de estas mentes maniíferas que no conocen nada mejor. Jura, Sidi, jura que serás mi esposa y haré frente a la tierra, al cielo, y a los nueve infiernos juntos...
- SIDI: ¿Vas a empezar de nuevo? Por cualquier cosa comienzas a chillar como una cacatúa. Hablas y hablas y me ensordecas con palabras que suenan siempre igual sin lograr significado alguno. Te he dicho, y te vuelvo a decir que me casaré contigo hoy o la próxima semana o cualquier día que prefieras, siempre y cuando mi dote sea pagada conforme a la costumbre que establece que el novio, o su familia, han de pagar por la novia ¡Ajá!, ahora te apartas. Pero te lo repito. Lakunle, hay que pagar completo mi precio de novia. ¿Quieres hacer de mí un hazmerreír? En fin, haz lo que quieras, pero Sidi no se convertirá en vasija barata para el escupitajo de la aldea.
- LAKUNLE: Deja que caiga sobre mi cabeza el desprecio de todos ellos juntos.
- SIDI: Dirán que yo no era virgen, que estaba obligada a vender mi vergüenza y a casarme contigo sin el debido precio.
- LAKUNLE: Una costumbre salvaje, bárbara, anticuada, rechazada, denunciada, detestable, excomulgada, arcaica, degradante, humillante, execrable, redundante, retrógrada, singular, de muy mal gusto.
- SIDI: ¿Ya se vacío el saco? ¿Por qué te detuviste?

LAKUNLE:

Sólo poseo un diccionario regular, pero he ordenado ya el enciclopédico; ¡espérate y verás!

SIDI:

No digas más. Paga la dote.

LAKUNLE:

(Con un grito repentino.)
Una costumbre indigna, infame, ignominiosa, que avergüenza nuestro linaje ante el mundo. Sidi, no busco una mujer que me sirva con docilidad, para cocinar y fregar, mujer para parir hijos por montones...

SIDI:

¡Que el cielo te perdone! ¿Ahora desprecias a la mujer que trae hijos al mundo?

LAKUNLE:

Por supuesto que no. Sólo quiero decir. ¡oh, Sidi!, deseo casarme, porque te amo y busco una compañera para la vida...

En tono declamatorio, de púlpito

"Y el hombre tomará a la mujer, y los dos estarán juntos como una sola carne"
Sidi, busco una amiga que me necesite, una compañera que se asocie al curso de mi vida.

SIDI:

(Que ya no entiende, profundamente absorta en enumerar las cuentas que lleva al cuello.)
Entonces paga el precio de mi dote.

LAKUNLE:

Muchacha ignorante, ¿es que no puedes comprender?
Pagar por tu dote sería como comprar una novilla en el establo del mercado, serías mi pertenencia, nada más que mi propiedad. ¡No, Sidi! (Muy tierno.)
Cuando estemos casados, no caminarás o te sentirás atada, por decirlo así, a mis sucios talones. Juntos nos sentaremos a la mesa, no en el suelo, y comeremos, no con los dedos, sino con cuchillos y tenedores y platos rompibles, como seres civilizados, y no haré que esperes por mí hasta que me haya hartado.
Ninguna esposa mía, ninguna esposa casada por la ley comerá las sobras de mi plato, eso es para los hijos. Deseo caminar junto a ti en la calle, al mismo nivel y del brazo como las parejas que he visto en Lagos: zapatos con tacones altos para la dama, creyón rojo sobre los labios. Y su pelo, estirado como en una foto de revista. Te enseñaré el vals, ambos aprenderemos el foxtrot y casaremos los fines de semana en nightclubs, en Ibadán. ¡Oh!, tengo que mostrarte la grandeza de las ciudades, viviremos allí si te gusta, o simplemente iremos de paseo. Así que escoge. Ser una esposa moderna, mirarme a los ojos y darme un besito, como este.

(La besa)

SIDI:

(Retrocede.)
No. ¡no lo hagas! Te he dicho que no me gusta esa cosa extraña e insalubre que haces con la boca cada vez; tu gesto me engaña, me hace pensar que sólo deseas susurrarme algo al oído: luego viene ese relamer de mis labios con los tuyos

es tan sucio. Y después el sonido que haces: "¡Muuuaa!" ¿Es que te propones ser grosero conmigo?

LAKUNLE:

(Abrumado.) Todo es inútil. Montuna eres, montuna te quedarás: incivilizada y primitiva—¡selvática! Te besé como lo hace todos los hombre educados, como los cristianos besan a sus esposas. En la forma correcta del idilio civilizado..

SIDI:

(Con desprecio.) Querrás decir una forma para evitar el pago legal de la dote, una forma engañosa, mezquina y vil

LAKUNLE:

(Violento.) No lo és.

(Sidi estalla en risas. Lakunle adopta un tono conmovedor, ambos ojos cerrados, soñador.)

El idilio es la dulcificación del alma con la fragancia que ofrece el corazón herido.

SIDI:

(Lo observa asombrada durante un rato.) Lárgate. La aldea dice que estás loco, y comienzo a comprenderlo. Me asombra que te dejen dirigir la escuela. Tú y tus habladurías. Echarás a perder también a tus alumnos y también dirán locuras como tú.

Ruido fuera del escenari

Viene gente, dame el cubo o se burlarán.

Entre una multitud de jóvenes y tamboreros, las muchachas están muy excitadas.

PRIMERA MUCHACHA:

Sidi, ha regresado él. Volvió exacto en el momento en que había dicho.

SEPTI:

¿Quién ha vuelto?

PRIMERA MUCHACHA:

El extranjero. El hombre del mundo exterior. El payaso que se cayó en el río por ti.

Todos se ríen.

SIDI:

¿El que montaba el caballo del propio diablo?

SEGUNDA MUCHACHA:

Sí, el mismo..El extrajenro que tenía la caja de un solo ojo.

(Demuestra el funcionamiento de una cámara fotográfica en medio de risas de admiración.)

TERCERA MUCHACHA:

Y trajo su nuevo caballo hasta la misma playa de la aldea esta vez. Tiene sólo dos patas. Deberías haberlo visto. ¡Br-rr-rr-r-r!

(Corre por el escenario en una motocicleta imaginaria.)

SIDI:

¿ Y ha tráido...?

PRIMERA MUCHACHA:

¿Las imágenes? Las traje todas. Apenas hay un lugar de la aldea que no aparezca en el libro.

Dispara el obturador imaginario.

SIDI:

¿Y el libro? ¿Viste el libro? ¿Traje el precioso libro que me concedería belleza más allá de los sueños de una diosa? Pues así lo dijo él. El libro que anunciaría mi belleza al mundo ¿lo han visto?

TERCERA MUCHACHA:

Sí, sí, lo traje. Pero el Bale todavía se recrea los ojos con las imágenes. ¡Oh, Sidi!, tenía razón. Eres hermosa. En la cubierta del libro hay una imagen desde aquí hasta aquí. (Toca la parte superior de la cabeza de Sidi, y después su estómago.) Y en las páginas del centro, desde el principio de una página hasta el extremo de la otra, hay una foto tuya desde la cabeza hasta los pies. ¿Lo recuerdas? Fue cuando te hizo extender los brazos hacia el sol. (Con éxtasis.) ¡Oh Sidi!, parecía como si, en ese momento, el propio sol hubiera sido tu amante. (Todas suspiran con pretendido asombro ante esta blasfemia, y una, juguetona, le da una nalgada.)

PRIMERA MUCHACHA:

El Bale está celoso, pero aparenta sentirse orgulloso de ti. Y cuando este hombre le dice lo famosa que eres en la capital, aparenta estar complacido y dice que le has traído mucho honor y fama a la aldea.

SIDI:

(Con asombro.) ¿La imagen de Baroka no aparece en todo el libro?

SEGUNDA MUCHACHA:

(Despectiva.) ¡Oh, sí está! Pero hubiera omitido. Su imagen está en una pequeña esquina de alguna parte del libro, e incluso esa esquina la comparte con una de las letrinas de la aldea.

SIDI:

¿Es cierto eso? ¡Jura! Invoca a Ogún que te mate.

MUCHACHA:

¡Mátame, Ogún, si miento!

SIDI:

Si eso es verdad, entonces soy más estimada que el Bale Baroka, el "León" de Ilunjinle. Esto significa que soy más grande que el "Zorro" de la maleza, el dios viviente entre los hombres...

LAKUNLE:

(Con displicencia.) Y el "Diablo" entre las mujeres.

SIDI:

Cállate, tú; lo que pasa es que simplemente estás lleno de rencor.

LAKUNLE:

Lo conozco bien. Es justicia divina esto de que una simple mujer lo aventaje al final.

SIDI:

Estate tranquilo o juro que nunca más volveré a hablarte.

Afecta una repentina esquivez.

En realidad, no estoy tan segura de que desee casarme contigo ahora.

- LAKUNLE: ¡Sidi!
- SIDI: Bueno, ¿por qué debería hacerlo? Ahora soy conocida por todo el ancho mundo, rebajaría mi valor si me caso con un simple maestro de escuela rural.
- LAKUNLE: (En agonía.) ¡Sidi!
- SIDI: Que es demasiado mezquino para pagar la dote de su novia como un hombre.
- LAKUNLE: ¡Oh, Sidi, no!
- SIDI: (Disfruta con la aflicción de Lakunle.) Y bien, ¿no lo sabes? Sidi es más importante aún que el Pale, más famosa que la "Pantera" de los árboles. Ahora él está por debajo de mí. ¡El intrépido libertino, el azote del sexo femenino! Ahora, comparte la esquina de la página con lo más bajo de lo bajo. ¡Con la letrina de la aldea! Mientras que yo, ¿cuántas páginas abarca mi propia imagen
- PRIMERA MUCHACHA: Dos en el centro, y...
- SIDI: No, no. ¡Dejen que las cuente el maestro! ¿Cuántas son, maestro?
- LAKUNLE: Tres páginas.
- SIDI: (Amenazadora.) Una página por cada corazón que voy a romper. ¡Cuidado!
- De pronto, da un salto en el aire.
- ¡Hurrá! ¡Soy hermosa! ¡Hurrá por el extranjero errante!
- MULTITUD: ¡Hurrá por el hombre de Lagos!
- SIDI: (Sumamente excitada.) Ya sé. Vamos a bailar la danza del viajero perdido.
- MULTITUD: (A gritos.) Sí, vamos.
- SIDI: ¿Quién bailará el caballo del diablo? Tú, tú, tú y tú.
- Las cuatro muchachas salen
- Una pitón. ¿Quién bailará la serpiente? ¡Ja, ja! Tus ojos son astutos, y tus maneras, taimadas.
- El joven seleccionado es empujado hacia afuera en medio de burlas.
- El extranjero. Tenemos que tener el sello del enloquecido mundo exterior... Tú mismo, no, nunca has sentido la quemada del ardiente licor en tus lechosas venas. ¿A quién podemos escoger que conozca el caminar de los borrachos? ¿Tú?... No, tan sólo de pensarlo te derribaría tan seguro como el vino... ¡Ah!
- Se da vuelta con lentitud hacia donde se halla Lakunle, de pie, con una sonrisa bondadosa y paternal para los niños que juegan.
- Vamos, polilla de libros, desempeñarás el papel.

- LAKUNLE: No, no. Jamás en la vida he estado borracho.
- SIDI: Lo sabemos. Pero tu padre bebió tanto, que debe haberse tragado tu parte, y la de sus biznietos.
- LAKUNLE: (Que trata de escapar.) No participaré.
- SIDI: Tienes que hacerlo.
- LAKUNLE: No puedo quedarme. Es casi la hora de explicar la clase de Geografía al cuarto grado de primaria.
- SIDI: (Va hacia la ventana y la abre de par en par.) ¿Creíste que tus alumnos se quedarían en la escuela ahora que ha regresado el extranjero? La aldea está de fiesta, tonto.
- LAKUNLE: (Mientras lo arrastran hacia la plataforma.) No, no. No participaré. Esta tontería me aburre. Es un juego de idiotas. Tengo trabajo de más importancia.
- SIDI: (Se inclina sobre Lakunle, que ha sido sentado a la fuerza sobre la plataforma. Estás vestido como él, te pareces a él, hablas su lengua, piensas como él. ¡Eres tan desmañado como él en sus modales de Lagos! ¡Así que desempeñarás su papel.
- (Todos entonan este canto, comienzan a bailar alrededor de Lakunle y pronuncian las palabras en un ritmo acelerado. Los tambores se incorporan después del primer momento y mantienen un toque constante, mientras los demás giran alrededor de su víctima. Giran cada vez con más rapidez, y en cada vuelta, cantan más rápido. A la sexta o la séptima vuelta, Lakunle, como es evidente, ha tenido bastante.)
- LAKUNLE: (Eleva su voz por encima del alboroto.) ¡Está bien! Lo haré. Vengan, vamos a acabar de una vez.

(Gritería aterradora y toques sobre los tambores. Lakunle entra con entusiasmo en el espíritu de la danza. Sucede a Sidi en la dirección, sitúa su elenco por el escenario a modo de selva. Despeja la parte superior derecha del escenario para las cuatro muchachas que van a bailar y que representan el automóvil. Sigue una pantomima de la entrada del visitante en Ilujinle, y su breve permanencia entre los aldeanos.

Las cuatro muchachas se acuclillan en el suelo, como si fuesen las cuatro ruedas de un carro. Lukanle indica la separación que debe quedar entre ellas después ocupa su lugar en el centro y se sienta en el aire.

El es el único que no baila. Hace pantomima realista. Los tambores vibran con suavidad, pero aumentan poco a poco el volumen; las cuatro "rueda" comienza a girar hacia la parte superior del cuerpo y describen círculos perpendiculares. Lakunle payasea y gesticula como si manejara un carro. Es evidente que disfruta muchísimo con esto. Los tambores aceleran el ritmo con esto. Los tambores aceleran el ritmo que es cada vez más rápido. Con un repentino estrépito de tambores, las muchachas se estremecen y bailan para representar el ahogamiento del motor. Fracasa otro esfuerzo por volver a coger el ritmo, y por último las "ruedas atascadas" se vuelven a estremecer y dejan caer el rostro sobre el regazo. Lakunle trastea unos cuantos controles, se apea del carro y mira debajo del mismo. Sus labios indican que maldice con violencia. Examina las corrientes para comprobar la presión, y se le sale el diablo y aprovecha la oportunidad para pellizcar los fondillos de las muchachas. Una grita y lo muerde en el tobillo. Monta un intento final por volverlo a poner en marcha, pero desiste, y decide abandonarlo. Coge la cámara y el casco e introduce en el bolsillo una caneca de whisky de la que toma un trago antes de comenzar la incursión. Los tambores reanudan los toques, con mayor gravedad sonora y rítmica. Varían con el recorrido del extranjero. Se usan mucho los tambores gangán y el tambor iyá ilú. Los "árboles" ejecutan una danza discreta y sumisa en el mismo lugar. Detálles que representan una serpiente que se desliza por entre las ramas y queda suspendida sobre la cabeza de Lakunle cuando este se reclina en un árbol para descansar. Huye y restaura sus nervios poco después con un trago. Un mono salta de repente en su camino y farfulla algunas cosas antes de huir. Se escucha un rugido procedente de algún lugar, etc. Sus nervios se alteran de repente y se recupera mediante copiosos tragos. Pronto se emborracha, lucha violentamente con la maleza y maldice en silencio mientras espanta las moscas de su torturado cuerpo.

De repente de algún lugar de la selva surge el canto de una muchacha. El viajero sacude la cabeza, pero el canto persiste. Convencido de que sufre insolación, vuelve a beber hasta la última gota, y después lanza la caneca en dirección al lugar de donde proviene el canto, sólo para ser recompensado por una salpicadura, un grito y un torrente de injurias, y por último, vuelve a reinar el silencio. Avanza en puntillas, aparta la maleza, pestañea varias veces y se frota los ojos. Sea lo que fuera lo que ha visto, se queda inmóvil. Silba suave, descuelga la cámara y comienza a adoptar una buena posición para tirar una foto. Da pasos

hacia atrás y hacia adelante, y tiene los ojos tan pegados al lento que adelanta un pie con descuido y desaparece por completo. Se oye un chapoteo y la cantora invisible altera su tono siguiente hasta con vertirlo en un grito sostenido. El ritmo se acelera y poco después en medio de sonidos de chapoteos, aparece Sidi en el escenario, sólo cubierta en parte con un pedazo de tela. Lakunle la sigue un poco después más lento y se exprime las ropas para tratar de secarlas. Ha perdido todos sus aditamentos, excepto la cámara. Sidi corre a través del escenario y regresa poco después, acompañada por los adeanos. El propio elenco ha desaparecido y se reagrupa detrás de Sidi como si fueran los adeanos. Están enfurecidos, y a pesar de las protestas de él, lo arrastran hasta el centro de la aldea, frente al árbol Odán.

Todo se detiene de repente, cuando el propio Baroka, el Bale, flaco, pero fuerte y nervudo, con perilla, muy vigoroso para sus sesenta y dos años, sale en ese momento de detrás del árbol. Todos se arrodi-llan con los saludos de Kabiyesi, Baba, etc. Todos excepto Lakunle, quien trata de escabullirse.

BAROKA:

Akowe, maestro wa. "Señó" Lakunle.

Como los demás gritan "Señó" Lakunle, este se ve forzado a detenerse, regresa y hace una profunda inclinación.

LAKUNLE:

Le deseo buenos días, señor.

BAROKA:

¡"Güeno" día. "güeno", día, ngh...hh! Eso es todo lo que obtenemos como alakowe. Te presentas en su casa y esperas que mande a buscar cerveza, pero todo lo que obtienes es "güeno día". ¿Acaso "güeno" día me humedecerá la garganta? Bueno, bueno, nuestro hombre de ciencia, espero que no tendrá ninguna reserva hoy para con un anciano

LAKUNLE:

Ninguna queja.

BAROKA:

Y no estamos reñidos por algo que he olvidado.

LAKUNLE:

¿Reñir, señor? No veo en absoluto ningún motivo.

BAROKA:

Bueno, la representación fue muy animada hasta que yo llegué. Ahora todo se detiene y usted nos abandonaba. Después de todo me enteré y llegué el último. Esto me hace sentir como si fuera un jefe Paseje.

LAKUNLE:

Uno no piensa que el Bale tenga tiempo para una tontería tan infantil.

BAROKA:

¡Ah, ah!. señor Lakunle. Sin estas cosas que usted llama tonterías, la vida de un Bale sería muy aburrida. Y bien, ahora que dicen que me recibirán con agrado, ¿reanudaremos la representación?

Se vuelve de repente hacia sus ayudantes.

¡Agárrenlo!

LAKUNLE:

(De momento queda desconcertado)
¿Por qué? ¿Qué he hecho?

BAROKA:

Tratas de robar la flor de nuestra aldea. ¿Lo has olvidado? Si es así, dñele una bofetada para despertarlo el cerebro.

Al alzar un brazo Lakunle recuerda de pronto y asiente con vigor. Por lo que la representación prosigue. Los aldeanos se congregan a su alrededor, amenazadores, clamando por su sangre. Lakunle a su vez, ensaya la fanfarronería la indignación y el apaciguamiento. A una señal repentina del Pale, lo hacen postrarse sobre el rostro. Sólo entonces, el Jefe comienza a mostrar simpatía hacia él, parece comprender la situación desesperada del extranjero y pacifica a los aldeanos en su nombre. Ordena que le entreguen ropas secas, lo sienta a su diestra y dispone que se celebre una fiesta en su honor. El extranjero se pone en pie a cada segundo para sacar fotografías de la fiesta, pero la mayor parte del tiempo su atención está concentrada en Sidi, quien baila con abandono. Más tarde, le susurra algo al Jefe, quien asiente y manda a buscar a Sidi. El extranjero sienta a Sidi en toda clase de poses de revistas, y le hace innumerables fotografías. Le brindan tragos: al principio los rechaza, después prueba con escepticismo la bebida local, parece gustarle, y bebe con profusión. Sin embargo a poco rato abandona la fiesta porque se siente mal. Al salir, le dan palmadas en la espalda, y dos tambores que insisten en bailar a su alrededor, casi provocan allí mismo una calamidad. No obstante, sale corriendo con la mano en la boca. La salida de Lakunle parece significar el fin de la pantomima. Regresa casi enseguida, y los demás abandonan los papeles que desempeñaban.

SIDI:

(Encantada.) ¿Qué te dije? Hiciste el papel a las mil maravillas. La vida de un bufón de una Corte te habría venido mejor que la escuela.

Señala desdeñosa hacia la escuela.

BAROKA: ¿Y adónde iría a parar la aldea, privada de tal sabiduría como la que el señor Lakunle impartió a diario? ¿Quién nos diría dónde nos equivocamos? ¿Eh, señor Lakunle?

SIDI: (Apenas escucha, todavía muy excitada.) ¿Quién viene conmigo a buscar al hombre Lakunle, tendrás que venir a encontrar sentilo en su lengua mutiladora. Ya ves, hombre-libro, en verdad, no podemos estar sin tu cabeza.

Lakunle comienza a protestar, pero lo rodean y tratan de acosarlo. De pronto, se abre paso y echa a correr; lo persiguen todas las mujeres. Baroka queda solo, sentado —su luchador, quien lo acompañó al hacer su entrada, está de pie a una distancia respetuosa— mientras observa el grupo de mujeres que se aleja corriendo. De los pliegues de su agbada extrae un ejemplar de la revista y admira a la heroína de la publicación. Asiente despacio para sí.

BAROKA: Sí, sí... hace cinco meses completos desde la última vez que tomé esposa... Cinco meses completos...

LA TARDE

Un camino junto al mercado. Entra Sidi, contempla alegre sus fotos que aparecen en la revista. Lakunle la sigue a uno o dos pasos, lleva un bulto de leña que Sidi había salido a buscar. Sadiku, que ha entrado por el lado opuesto los encuentra en el centro. Sadiku es una mujer vieja con un chal sobre la cabeza.

SADIKU: La suerte me acompaña. Iba a verte a tu casa.

SIDI: (Soreprendida.) ¡Qué! ¡Oh! eres tú, Sadiku.

SADIKU: El "León" me envía. Desea tu bien.

SIDI: Dale las gracias de mi parte. (Muy excitada.) ¿Has visto esto? ¿Has visto estas imágenes mías que trajo el hombre de la capital? ¿Has sentido la suavidad que tienen? (Pasa la mano por la página.) Son muchos más suaves que la pechuga del papagayo.

SADIKU: Lo sé. Lo sé. Las vi tan pronto como llegó el hombre de la ciudad... Sidi, traigo un mensaje de mi señor. (Hace un ademán con la cabeza hacia Lakunle.)

Apartémonos un poco.

SIDI: ¿Por él? No le prestes más atención que la que prestarías a un enuco.

SADIKU: Entonces, en tan pocas palabras como se lleva decirlo, Baroka te desea por esposa.

- LAKUNLE: (Da un salto hacia adelante y deja caer la leña.)
¡Cómo! ¡El muy codicioso perro!
Capello insaciable de una raza estúpida y caética. ¿Vuelve de nuevo a sus tretas
- SIDI: Estate tranquilo, Kunle. Ya me aburres. El mensaje es para mí, no para ti.
- LAKUNLE: (Se arrodilla de inmediato y cubre las manos de Sidi con besos.)
Mi Ruth, mi Pachel, mi Esther, mi Betsabá; tú, la suma de todas las fabulosas perfecciones desde el Génesis hasta las Revelaciones, no escuches la voz de ese hereje...
- SIDI: (Retira su mano.) Ahora empiezas con tu otro juego: me das nombres extraños que recoges en tus miserables libros. Mi nombre es Sidi. Y ahora, déjame tranquila. Mi nombre es Sidi, y soy hermosa. El extranjero tomó mi belleza y la puso en mis manos. Aquí, aquí está. No necesito nombres extraños que me den fama. Belleza más allá de las joyas de un trono eso es lo que dijo.
- SAKIKU: (Alegre.) Bueno, ¿serás la propia joya de Baroka? ¿Serás su princesa más dulce quien consuele en las noches aburridas? ¿Qué respuesta debo dar a mi señor?
- SIDI: (Mueve el dedo juguetona hacia la mujer. Ja, ja. Sadiku, la de la lengua de miel Sadiku, jefa de las esposas del "León", no harás presa de Sidi con tu lengua galanteadora, no de esta Sidi cuya fama se ha extendido hasta Lagos y más allá de los mares.
- Lakunle se levanta; se ve que rebosa de alegría.
- SADIKU: Sidi, ¿has considerado qué vida tan venturosa te espera? Baroka juró no tomar otra esposa después de ti. ¿No sabes lo que significa ser la última esposa del Bale?
- Te lo diré. Cuando muera —y eso no debe decorar mucho, pues también el "León" tiene que morir algún día—, bueno, cuando muera, eso significa que tendrás el honor de ser la esposa más antigua del nuevo Bale. Y, mientras tanto, piensa que hasta que Baroka muera serás su favorita. No tendrás que vivir en ninguna accesoria, mi niña. Tu lugar siempre estará en el palacio; primero como la última novia, y después, como la jefa del nuevo harén... Es una vida rica, Sidi. Lo sé. He estado en esa posición durante cuarenta y un años.
- SIDI: Gastas tu aliento por gusto. ¿Por qué Baroka no pidió mi mano antes que el extranjero trajera su libro de imágenes? ¿Por qué el "León" no otorgó su dádiva antes que mi rostro fuera elogiado ante el mundo? ¿No te das cuenta? Porque se ve mi valor aumentado y multiplicado por encima del suyo; porque ya puede oír a los trovadores y sus canciones en

Seminario de Drama

alabanza de Sidi, la incomparable, mientras que el "León" está olvidado. Busca tenerme como su propiedad donde tengo que opacarme bajo su colosa posesión. ¡Ah!, Sadiku, el hombre de escuela que está aquí me ha enseñado algunas cosas y mis imágenes me han enseñado todo el resto. Baroka sólo trata de elevar su hombría por encima de mi belleza, busca nueva fama ¡como el hombre que ha llegado a poseer la joya de Ilunjinle!

SADIKU:

(Aturdida, sorprendida, incapaz de comprender las palabras de Sidi.) Pero Sidi, ¿te sientes bien? Semejante tontería nunca pasó por tus labios antes. ¿No te sonó extraño, incluso a ti misma? (De repente, se precipita hacia Lakunle.) ¿Esto es obra tuya, petimetre? ¿Al fin has vuelto loca a la pobre muchacha? Tales basuras..., ¡te romperé la cabeza por esto!

LAKUNLE:

(Retrocede, presa del pánico.) Aléjate de mí, vieja bruja.

SIDI:

Sadiku, déjalo tranquilo. Dile a tu señor que puedo leer su mente, que no deseo nada de él. Mira, juzga por ti misma.

Abre la revista y señala las fotos

Es viejo. Nunca supe hasta ahora que fuera tan viejo...

Durante el resto de su discurso, Sidi pasa la mano sobre la superficie de las fotografías y traza los perfiles con sus dedos.

Y pensar que no me había dado cuenta de lo aterciopelada que es mi piel. ¡Qué suave es! Y ningún hombre jamás pensó alabar la plenitud de mis senos...

LAKUNLE:

(Abrumado por la culpa, trata de justificarse.) Bueno, Sidi, yo sí pensé... pero no sé por qué creí que no era lo correcto.

SIDI:

(Ignora la interrupción.)

Vean los expongo a la tibia caricia de un sol colmado de deseos.

Inconsciente, empuja hacia afuera su pecho y sonríe maliciosa.

Hay un mensaje engañoso en mis ojos, que llama a los insaciables hombres a la segura perdición y dientes que reflejan el signo de la felicidad, fuerte y parejos, radiantes, llenos de vida. Sé justa, Sadiku, compara mi imagen y la de tu señor, ¡un siglo de diferencia! Mira cómo el agua replandece en mi rostro como las hojas humedecidas por el rocío en una mañana de Harmattan

Pero él: su rostro es como un pedazo de cuero arrancado con torpeza de la montura de su caballo,

Sadiku emite sonidos entrecortados salpicado con las mohosas cenizas de una pipa que hace tiempo está demasiado ahumada. Y esas barbas de chivo que

una vez pensó que eran varoniles; son como briznas dispersas de hierba que ni siquiera están verdes, sino chamuscadas y marchitas, ¡como después de un fuego en el bosque! Sadiku, soy joven y rebotante; él está gastado. ¡Yo soy el destello de una joya, él es el trasero de un león!

SADIKU:

(Se recobra al fin de su idiosincrasia asombrosa.) ¡Que Changó te devuelva la razón! Pues con toda seguridad, estás poseída por algún dios furioso. (Se da vuelta y se aleja. Vuelve a detenerse al recordar algo más.) Tu desvarío hizo que se me fuera esto de la cabeza. Dime mi señor que si no deseas ser su esposa, que al menos vayas a cenar a su casa esta noche. Hay una pequeña fiesta íntima en tu honor. Desea decirte cuán feliz es de que la capital haya hecho tanto honor a una hija de Ilujinle. Has traído gran fama a tu pueblo.

SIDI:

¡Ja, ja! ¡Me tomas por una recién nacida! Conozco bien todos los cuentos de las cenas íntimas de Baroka, me los sé de memoria. Dile a tu señor que Sidi no cena con hombres casados.

SADIKU:

Esas son mentiras, mentiras. No debes creer todo lo que oyes Sidi ¿te engañaría yo? Te juro...

SIDI:

¿Puedes negar que toda mujer que ha cenado con él una noche, se convierte en su esposa o su concubina a la próxima?

LAKUNLE:

¿Acaso le llaman el "Zorro" por gusto?

SADIKU:

(Avanza hacia él.) No te metas en esto o de lo contrario con Changó por testigo te voy a...

LAKUNLE:

(Retrocede un poco, pero continúa.) Sus manejos son conocidos incluso en las ciudades más grandes. ¿Nunca oyeron cómo frustró el intento de Obras Públicas de construir la vía férrea a través de Ilujinle?

SADIKU:

Nadie conoce la verdad de lo que ocurrió. Esos son rumores.

SIDI:

Año los rumores. Lakunle, cuéntamelo todo.

LAKUNLE:

¿No lo sabías? Bueno, pues siéntate y escucha:

Mi padre me lo contó antes de morir: pocos hombres conocen este engaño. ¡Oh!, Baroka es un villano, y un reaccionario, un enemigo jurado de nuestro progreso... sí..., fue por aquí, la vía debía construirse en las afueras. Bueno, los obreros vinieron; en realidad eran prisioneros que fueron traídos para hacer la parte más difícil..., para romper el espinazo de la selva...

Entran los prisioneros, custodiados por dos guardianes. Un inspector blanco examina un mapa (casco de kaki, polainas, etc.). El capataz aparece con un catrecillo, una mesa

etc., abre una sombrilla y desempaqueta la acostumbrada caja de comodidades para la selva —el sifón de soda la botella de whisky y los sándwiches geométricos. Una vez consultado el mapa, el inspector indica al grupo de prisioneros dónde deben trabajar. Comienza la tala, el desmonte con machetes, el arrastres de troncos, todo al ritmo de la percusión metálica de la cuadrilla de prisioneros (varilla sobre gong o triángulo, etc.). Los dos ejecutantes son también los que interpretan la canción, y los demás hacen coro. N'ijoro itoro. Amuda el'eye l'aiya, Gbe je on'ipa, etc.

LAKUNLE:

Señalaron la ruta con estacas, se comienzan la selva y comenzaron la vía. El comercio, el progreso, la aventura, el éxito, la civilización, la fama, la notoriedad internacional..., todo estaba al alcance de Ilujinle...

El luchador del Bale Baroka entra, queda horrorizado ante lo que ve y huye. Regresa después con el propio Bale Baroka, quien pronto valorará la situación. Desaparecen. El trabajo continúa, el inspector se entretiene con el matamosca y el whisky. Poco después se oye una bramadera. Los prisioneros vacilan un poco pero vuelven a reanudar el trabajo. La bramadera continúa, más cerca y más lejos, se mueve en círculos, por lo que parece que proviene de todos los puntos alrededor. El capataz es el primero en echar a correr, y entonces el resto es un caos. El único que queda es el inspector, quien está demasiado sorprendido para moverse.

Baroka entra pocos minutos después, acompañado por algunos sirvientes, y precedido por una muchacha que lleva un recipiente hecho de una calabaza. El inspector, furioso y amenazador, es persuadido para que abra su regalo. En este descubre un rollo de billetes de banco y nueces de cola. Se establece la comprensión mutua. El inspector frunce el ceño, se frota la barbilla y consulta el mapa. Vuelve a examinar el contenido del recipiente y sacude la cabeza. Baroka añade más dinero y una jaula de gallinas. Añade una cabra y más dinero. Esta vez, por fin, comienza a comprender la "verdad"; ha cometido un error. En realidad, la vía debe pasar por otro lugar. ¡Qué infortunado error descubierto a tiempo! No, no, no hay ninguna posibilidad de error esta vez; la vía debe construirse mucho más lejos. En realidad (excava el suelo) el terreno es por completo inapropiado y es posible que no pueda soportar el peso de una locomotora. Se trae una calabaza de vino de palma para cerrar

el acuerdo y se parte una nuez de cola. Los hombres de Baroka ayudan al inspector a empaquetar y salen abrazados uno al otro, seguidos por el botín del inspector.

LAKUNLE:

(Cuando ha desaparecido el último de la procesión, sacude el puño hacia ellos y golpea el suelo con los pies.) ¡Bestia voluptuosa! ¡Ama demasiado esta vida para soportar que lo separen de ella! Y las carreteras y vías férreas harían precisamente eso, forzar la civilización ante su puerta. Previó esto y cerró las entradas; aseguró firmes sus perros y caballos, sus esposas y todas sus concubinas... ¡Ah, sí..., todas esas concubinas! Baroka tiene un ojo tan selectivo que ninguna le conviene excepto la mejor.

Sus ojos relampaguean. Sidi y Sadiq se ríen y salen del escenario en puntillas.

...Sí, hay que reconocerle eso. ¡Ah! A veces desearía llevar su modo de vida: senos deliciosos constituyen su almohada nocturna. Estoy seguro que observa un horario, como lo hago yo en la escuela; es la única forma de asegurar un juego limpio. Debe ser saludable para mantenerse como está él. No sé qué le ven las mujeres. Sus ojos son pequeños y siempre están rojos por el vino. Debe poseer algún secreto. ¡No! ¡No lo envidio! ¡Para mí, una única mujer! Soy el único a favor del progreso con Sidi, mi compañera del alma seleccionada por mí, la única mujer de mi vida... ¡Sidi! ¿Dónde estás, Sidi?

Echa a correr tras ellas, regresa para recoger la leña que ha quedado olvidada y vuelve a correr hasta que sale.

Baroka en la cama, viste sólo pantalones holgados que le llegan hasta la pantorrilla. Es un rico dormitorio cubierto con pieles de animales y alfombras. Hay arnas en toda la pared. También una extraña máquina, un artefacto muy peculiar, con una palanca larga. Arrodillada junto a la cama se halla la actual Favorita de Baroka, que se ocupa de arrancarle los pelos de las axilas. Para hacer esto, frota primero con mucha delicadeza el lugar alrededor del pelo seleccionado, con el dedo índice. Después, apenas con una interrupción, saca el pelo entre el índice y el pulgar con un repentino y brusco movimiento. Baroka se contrae ligeramente con cada tirón. Entonces pronuncia un ¡Ah, ah! aspirado y un aspecto de completa beatitud se extingue por todo su rostro.

FAVORITA:

¿Mejoro, mi señor?

BAROKA:

Todavía eres benévola en exceso con el tirón. Es como si temieras herir a la "Pantera" de los árboles. Sé aguda y dulce como el rápido aguijón de una avispa rencorosa, pues ahí yace el placer, en el enfriamiento posterior.

FAVORITA:

Aprenderé, mi señor.

BAROKA:

No tendrás tiempo, querida mía, esta noche espero tomar otra esposa. Y el honor de esta tarea, sabes, pertenece por derecho a mi última elección. Pero... ¡Ah, ah! ahora sí fue agudo, sentí el repentino aguijón del escorpión sin su veneno. Fue un tirón furioso; tratas de herirme pues te puse colérica con mi ostentación. Pero ahora tu furia fluye en mi caudal sanguíneo: ¡Qué dulce es! ¡Ah, ah! Ese fue más dulce aún, pienso que quizá te dejaré seguir siendo la única que arranque mis pelos bañados en sudor. ¡Ay!

Se sienta, de repente, y frota con furia el punto adolorido.

...Ahora ese produjo mucho más dolor que placer. ¡Criatura vengativa, no acariciaste lo suficiente la zona de extracción!

Entra Sadiku. Se arrodilla al instante y hace una reverencia inclinando la cabeza hasta el regazo.

¡Ajá! Aquí viene Sadiku. ¿Traes algún bálsamo para aliviar el dolor de mi maltratada axila? ¡Fuera, tú enemiga!

Sale la Favorita.

SADIKU:

Mi señor...

BAROKA:

Tienes mi permiso para hablar. ¿Qué dijo ella?

SADIKU:

No lo desea, mi señor. Hice lo que pude, pero no desea tener nada tuyo.

BAROKA:

Sigue la norma —una firme negativa al principio—. ¿Por qué no lo desea?

SADIKU:

Eso es lo extraño. Dice que eres demasiado viejo. Si me preguntas, creo que en realidad está trastornada. Toda esta excitación de los libros ha sido demasiado para ella.

BAROKA:

(Se pone en pie de un salto.)
¿Dice ella... que soy viejo? ¿Que soy demasiado viejo? ¿Una muchacha trivial inmadura, dice eso de mí?

SADIKU:

Mi señor, he escuchado las increíbles palabras con mis propios oídos, y pensé que el mundo se había vuelto loco.

BAROKA:

Pero, ¿es posible, Sadiku? ¿Es esto justo? ¿Acaso, en el festival de Rain, no derroté a los hombres en la competencia de tirar troncos? ¿Acaso todavía, con los más intrépidos, no cazo al leopardo y la boa por la noche y salvo las cabras de los campesinos de otros males? ¿Ella dice que soy viejo? ¿No fui yo quien, para anunciar el Harmattan, trepé a la copa de la ceiba, rompí el primer fruto y dispersé las lanudas semillas a los cuatro vientos, y esto no fue sino ayer? ¿Acaso alguna de mis esposas informa una decadencia en mi virilidad? ¡La más fuerte de todas ellas todavía se

fatiga mucho antes que el "León". Y así le sucedería a ella, si tuviera la menor oportunidad de enseñar a este pajarillo sin empollar que carece de la sabiduría para comprender el rico moho de la vejez... Si pudiera una vez... Ven acá, consuélame, Sadiku, pues estoy enojado de verdad.

Se vuelve a acostar y mira hacia arriba como antes. Sadiku ocupa su lugar al pie de la cama y comienza a hacerle cosquillas en las plantas de los pies. Baroka, de repente se vira hacia la izquierda, se inclina hacia un costado y saca un ejemplar de la revista. La abre y comienza a estudiar las fotos. Exhala un profundo suspiro.

Eso está bien, Sadiku, muy bien.

Comienza a comparar algunas fotos de la revista; es evidente que son las suyas y las de Sidi. De pronto, arroja la revista y mira hacia el techo durante un segundo o dos. Después, dice sin sonreír:

Quizó es mejor así, Sadiku.

SADIKU:

Mi señor, ¿qué dijiste?

BAROKA:

Sí, fiel querida mía, digo que es mejor así. El desprecio, la risa y las burlas hubieran sido más amargos de haber accedido en la vergüenza.

SADIKU:

Mi señor, no comprendo.

BAROKA:

Ha llegado la hora en que no puedo seguir engañándome más. Ya no soy hombre, Sadiku; mi virilidad terminó hace casi una semana.

SADIKU:

Que los dioses lo prohiban.

BAROKA:

Deseaba a Sidi porque todavía tenía esperanzas. Un pensamiento tonto, lo sé, pero todavía esperaba que con una virgen joven y caliente por dentro, mi potencia decadente aumentaría y salvaría mi orgullo.

Sadiku comienza a lamentarse.

Tiempo perdido. Lo sabía incluso entonces pero es una flaqueza humana no aceptar nunca lo peor; y así servía a mi vanidad. Cuando la virilidad debe terminar, termina. El pozo de la vida, perforado más allá de su profundidad, se seca y burla al libertino al final. Estoy marchito y sin savia: la alegría de los trovadores, el envejecido hazmerreír del cinismo de la juventud.

SADIKU:

(Llorosa.) Los dioses deben tener piedad todavía.

BAROKA:

(De repente, como si se percatara de la presencia de ella, se incorpora.) No he dicho esto a nadie, excepto a ti, que eres mi esposa más vieja y más fiel, pero si te atreves a proclamar mi vergüenza ante el mundo...

Sadiku sacude la cabeza en señal de protesta, y comienza a golpearle la plantas de los pies con renovada ternura. Baroka suspira y se reclina despacio.

LA NOCHE

El centro de la aldea. Sidi está de pie junto a la ventana de la escuela, admirando sus fotos como antes. Entra Sadiku muy furtiva con un bulto alargado. Devela el objeto que resulta ser una figura tallada del Bale, desnudo y con lujo de detalles. La mira con atención. De pronto estalla en una risa burlona y coloca la figura de pie frente al árbol. Sidi lo observa todo con gran asombro.

SADIKU:

Así que acabamos contigo, ¿no? Acabamos contigo por fin. ¡Oh!, arrogante "León" ¿será verdad que te hemos desbaratado? ¡Ah... ya, ya, ya...!, nosotras, las mujeres, al fin te deshicimos. Yo presencié esto cuando le sucedió a tu padre el gran Okiki. Yo acabé con él, yo, la más joven y fresca de las esposas. Yo lo maté con mi fortaleza. Lo llamé y vino hacia mí. Pero no, para él, esa vez no resultó como las demás. Yo, Sadiku, ¿acaso no era el propio fuego, y él lino de los husos de las viejas? ¡Me lo comí! Raza de poderosos leones, nosotras siempre los consumimos, a nuestro antojo los hilamos, a nuestro capricho los hacemos bailar; como el tonto trompo piensan que el mundo gira alrededor de ustedes... ¡Tontos! ¡Tontos!... Son ustedes los que corren atolondrados mientras nosotras, inmóviles, los observamos y les extraemos el frágil hilo, poco a poco, hasta que no queda otra cosa que un viejo palo atrofiado. Desbaraté a Okiki. El tesoro sin abrir de Sadiku exigía sacrificio, y vino Okiki, con su llave herrumbrosa. Como una serpiente vino hacia mí, como un harapo se fue, un débil harapo, embarrado de vergüenza... (Su horrible risa la vuelve a poseer.) ¡Ah!, prepárense nuestros amos, que más tarde o más temprano, los vamos a desbaratar... (Con un prito, da un salto hacia arriba, comienza a bailar alrededor del árbol y canta.)

Prepárense nuestros amos
que más tarde o más temprano,
los vamos a desbaratar.

Sidi cierra la ventana con suavidad y sale. Sadiku, cuando vuelve a dar la vuelta, emite sonidos entrecortados y se detiene en medio del canto.

SADIKU:

¡Oh, eres tú, hija mía! Deberías haber escogido un mejor momento para matarme del susto. La hora de la victoria no es el momento para que muera ninguna mujer.

SIDI:

¿Por qué? ¿Qué batalla has ganado?

SADIKU: No sólo yo, muchacha. También tú. Todas las mujeres. ¡Oh, hija mía!, que yo haya vivido para ver este día... Verlo fracasar con el más horrible bufido de un sakabula impotente.

Reanuda su baile.

Prepárense nuestros amos, que más tarde o más temprano, los vamos a desbaratar.

SIDI: Espera, SADIKU. No acabo de comprender.

SADIKU: Ya comprenderás, mi niña. Ya comprenderás. Prepárense nuestros amos...

SIDI: Sadiku, ¿te sientes bien?

SADIKU: No hagas preguntas, niña mía. Incorpórate a mi danza de victoria. ¡Oh, Changó, mi señor, quién de nosotras poseyera tu relámpago y corriera como el fuego por la cola de ese "León"...!

SIDI: (La agarra con firmeza cuando está a punto de volver a marcharse.) Cesa tu desatado desvarío. No te moverás de aquí hasta que te expliques.

SADIKU: ¡Oh, eres conflictiva! ¿Prometes no decirlo a nadie?

SIDI: Lo juro. Ahora dímelo de inmediato.

A medida que Sadiku le susurra algo, sus ojos se abren desmesurados.

¡Oh, oh, oh, oh!
Pero Sadiku, ¿sí él sabía la verdad, por qué me pidió que...?

De nuevo, Sadiku le susurra algo.

¡Ja, ja! Tenía esperanzas, seguro, ¡Oh, Sadiku!, de pronto me siento contenta de ser mujer.

Da saltos en el aire.

¡Ganamos! ¡Ganamos! ¡Viva el sexo femenino!

Se sitúa detrás de Sadiku.

Prepárense nuestros amos, que más tarde o más temprano, los vamos a desbaratar.

Lakunle entra sin ser observado.

LAKUNLE: Aún no ha llegado la luna llena, pero las mujeres no pueden esperar, deben enloquecer sin ella.

La danza se detiene. Sadiku frunce el ceño.

SADIKU: El espantapájaros está aquí. ¡Fuera de aquí, esperpento! Este es el mundo de las mujeres. En este momento nuestra estrella se sienta en el centro del cielo. Somos supremas. Lo que es más, estamos a punto de ejecutar un ritual. Si te quedas, te acuchillaremos, te sacrificaremos.

- LAKUNLE: ¿Qué balucea la bruja?
- SADIKU: (Avanza amenazadora.) ¡Tú, menos que hombre, tú, menos que la más pequeña mujer, te digo, fuera!
- LAKUNLE: (Irritado.) Te haré saber que soy un hombre. Como lo descubrirás si te atreves a ponerme una mano encima.
- SADIKU: (Echa la cabeza hacia atrás y ríe.) ¡Tú un hombre? ¿Baroka no es más hombre que tú? Y si él ya no es un hombre, entonces, ¿qué eres tú? (Lakunle comprende el significado y queda paralizado, asombrado.) Ven, querida niña, déjalo que mire si lo desea. Después de todo, sólo a los verdaderos hombres se les prohíbe observar esta ceremonia.
- Prepárense nuestros amos, que...
- SIDI: Basta, Basta, Sadiku. ¡Oh, qué idea me da vueltas en la cabeza! Llévame al palacio para la cena que me prometió. Sadiku, ¡qué oportunidad para burlarse del diablo! Le pediré perdón por mis precipitadas palabras... No será necesario cambiar mi respuesta y consentir en ser su novia, podría sospechar que me lo has dicho, pero le pediré un mes para pensarlo.
- SADIKU: (Algo dudosa.) Baroka no es ningún niño, lo sabes. Se dará cuenta de que lo he traicionado.
- SIDI: No, eso no ocurrirá. ¡Oh, Sadiku, déjame ir! Deseo verlo frustrado, observar su ansiedad, sus crispadas manos que esta vez no pueden apresurarse a zafar los cordones de su pantalón.
- SADIKU: Tendrás que igualar la astucia del "Zorro". Usa tus tímidas miradas y aparenta estar de verdad arrepentida. Incítalo, mi niña, atormentalo hasta que lllore de vergüenza.
- SIDI: Deja eso de mi parte. Nunca sospechará que lo has engañado.
- SADIKU: (Con otro de sus enérgicos saltos.) ¡Yo... roooo...o! ¿Voy contigo?
- SIDI: ¿Sería prudente eso? Olvidas que no nos hemos visto.
- SADIKU: Ve entonces. Ve, mujer. Me quedaré aquí. Regresa pronto y cuenta a Sadiku cómo está el no hombre. Ve, cariñosa niña mía.
- LAKUNLE: (Que lo ha escuchado todo con un horror cada vez mayor.) No, Sidi, no vayas. Si te importa un poquito lo que siento, no vayas a atormentar al hombre. Supón que se da cuenta de que has ido a burlarte. Así será, si no es un tonto, y tonto no es sino un salvaje, un degenerado que golpearía a una mujer indefensa si pudiera...

- SIDI: (Sale corriendo, alegre.) Ta-ra-aa, maestro de escuela, espérame aquí.
- LAKUNLE: (Golpea el suelo con un pie, desamparado.) ¡Tonta! ... Y todo esto es obra tuya. ¿No pudiste guardar un secreto? ¿Debe toda palabra salirse sin remedio como las gotas finales de la leche materna, manadas de tu aplanado pecho hace ya generaciones?
- SADIKU: Vigila tu intranquila lengua, ¡criatura deforme!
- LAKUNLE: Si le sucede algo malo...
- SADIKU: Aunque es mujer, puede cuidarse mejor que lo que puedas cuidarla tú. Parece mentira que una cosa como tú, desee de verdad una muchacha como esa, toda para tu pequeña persona. (Camina a su alrededor y lo observa de arriba abajo.) ¡Ah! Oba Alá es un dios bondadoso. Qué poco descuellas!
- LAKUNLE: Me rebajaría al cambiar palabras con una mujer del monte.
- SADIKU: En este momento, tu novia cena con el "León".
- LAKUNLE: (Complacido ante el uso de la palabra novia.) Bueno en verdad, todavía no somos novios: quiero decir, que ella todavía no está prometida pero eso vendrá con el tiempo, estoy seguro.
- SADIKU: (Que estalla en una escandalosa risa.) ¿La dote de la novia está pagada?
- LAKUNLE: No te metas en lo que no te importa.
- SADIKU: ¿Por qué no haces lo que otros hombres han hecho? Arrienda una granja por una temporada; una cosecha será suficiente para pagar el precio, incluso por una muchacha como Sidi. ¿O es que hasta el olor de la tierra húmeda resulta demasiado para tus delicadas narices?
- LAKUNLE: Ya te dije que no te metas en lo que no te importa.
- SADIKU: ¡Ah, ah, ah! Es cierto lo que dicen entonces. Vas a transformar toda la aldea para que nadie vuelva a pagar la dote de la novia. ¡Ah, eres un hombre inteligente! Debo admitir que es una forma para librarse de eso, pero, ¿no te parece que gastarás más tiempo y energía de esa manera que lo que emplearías si...?
- LAKUNLE: (Con convicción.) Dentro de un año o dos, lo juro, este pueblo verá una transformación, la dote de la novia será una cosa olvidada y las esposas ocuparán su lugar junto a los hombres. Una carretera pasará por este lugar y nos traerá las costumbres de la ciudad. Compraremos aluminio para todas las mujeres, porque las vasijas de barro son toscas y antihigiénicas.

Ningún hombre tomará más de una esposa; es por eso que se quedan impotentes tan pronto. El gobernador montará en carros no en caballos, o una bicicleta en último caso podría servir. Quemaremos el bosque, cortaremos los árboles y después construiremos un moderno parque para los enamorados.

Editaremos periódicos todos los días, con fotos de muchachas seductoras. El mundo juzgará nuestro progreso por las muchachas que ganen concursos de belleza. Mientras Lagos construye nuevas fábricas a diario, nosotros sólo jugamos ayo¹¹ y chismeamos. ¿Dónde está nuestra escuela de bailes de salón? ¿Quién puede celebrar un coctel aquí? Debemos ser modernos como el resto del mundo, o vivir olvidados por él. Debemos rechazar la costumbre de tomar vino de palma y cambiar por el té, con leche y azúcar.

Se vuelve hacia Sadiku, quien lo observa aterrorizada. Ella retrocede, y él habla aún mientras da una vuelta alrededor, después descienden y salen del escenario. La amenazadora voz de Lakunle se aleja poco a poco.

Este es mi plan, tú, rostro marchito, y voy a comenzar por enseñarte. Desde ahora asistirás a mi escuela y ocuparás tu lugar con los niños de doce años. Pues aunque tienes casi setenta, tu mente es simple y no estás formada. ¿No te da vergüenza que a tu edad no lees, ni escribes, ni piensas? Por ser la esposa más antigua, pasas tus días reclutando novias para Baroka. Y ahora, porque lo has dejado seco, envías a mi Sidi para que lo avergüence...

La escena representa ahora el dormitorio de Baroka. A la izquierda, con una rodilla en el suelo, dos hombres están ocupados en una especie de lucha, con los brazos ceñidos uno al otro alrededor de la cintura, mientras buscan el momento preciso para separarse. Uno es Baroka; el otro, una pequeña figura rechoncha de evidente fortaleza muscular. La competencia se halla todavía en la etapa equilibrada. En alguna parte distante de la casa, se oye alta la voz de Sidi, que pronuncia un saludo familiar general, no dirigido a nadie en particular.

SIDI:

Buen día para el jefe y la gente de esta casa.

Baroka decide ignorarla y se concentra en la competencia. La voz de Sidi se acerca cada vez más. Entra casi de espaldas, ya que todavía está admirando el salón por el que acaba de pasar. Al darse vuelta y ver a los dos hombres, emite sonidos entrecortados.

BAROKA:

(Sin alzar la vista.) ¿Sadiku no está en casa entonces?

SIDI:

(Distraída.) ¿Hum?

BAROKA:

Pregunté que si Sadiku no está en casa.

- SIDI: (Se recupera y hace una reverencia con rapidez.)
No vi a nadie, Baroka.
- BAROKA: ¿Nadie? ¿Quieres decir que no había nadie para impedir que los intrusos indeseables perturban mi privacidad?
- SIDI: (Retrocede.) La casa... parecía... vacía
- BAROKA: ¡Ah, me olvidaba! Este es el precio que pago una vez a la semana, por ser progresista. Incitados por el maestro de escuela, mis sirvientes fueron persuadidos para formar algo que llaman Sindicato de los Trabajadores de Palacio. Y para que observaran las costumbres —eso me dijeron— de las ciudades modernas. Este es su día de descanso.
- SIDI: (Al ver que Baroka parece estar en un estado de ánimo mejor, se vuelve algo más atrevida y avanza, insolente.)
¿Es este también un día de descanso para las esposas de Baroka?
- BAROKA: (Mira severo, se relaja y habla con voz indiferente.)
No, la locura no se ha apoderado de ellas todavía. ¿No te encontraste siquiera con una de ellas?
- SIDI: No, Baroka. No había nadie.
- BAROKA: ¿Ni siquiera Ailatu, mi Favorita, estaba en su lugar acostumbrado, junto a mi puerta?
- SIDI: (Distraída absorta por completo, contempla la competencia.)
Su banco está allí. Y vi las zapatillas que borda.
- BAROKA: Hum. Hum. Creo que sé donde está. En un oscuro rincón enfurreñada como una despreciada cucaracha. A propósito, mira y dime si ha dejado su chal.
- Como para no perderse nada del forcejeo, camina de espaldas, echa una rápida mirada alrededor de la puerta y regresa de nuevo.
- SIDI: Hay un chal negro sobre el banco.
- BAROKA: (Con un suspiro pesaroso.)
Entonces regresará esta noche. Espera que mis palabras fueran lo bastante ásperas como para liberarme de su rencor por una semana o más.
- SIDI: ¿Acaso Ailatu ofendió a su esposo?
- BAROKA: ¿Ofender? Mi sobaco todavía suda sangre por el gran abuso que he sufrido de una que llamaba mi Favorita.
- SIDI: (Con voz de desilusión.)
¡Oh! ¿eso es todo?
- BAROKA: ¿No es bastante? ¿Por qué, niña? ¿Qué más podría hacer una mujer?

SIDI: Nada. Nada, Baroka. Pensé que quizás... Bueno, se sabe que las esposas jóvenes son atrevidas, en ocasiones, con sus esposos.

BAROKA: En una casa mal atendida, quizás. Pero no bajo el techo de Baroka. Y aun así, tales son los rencores repentinos de las mujeres que ni siquiera yo puedo preverlos todos. Y mira, niña, si pierdo esta pequeña competencia recuerda que mi sobaco arde y pica con cada giro.

Sidi observa durante algún tiempo, entonces se tapa la boca con la mano porque recuerda lo que debió haber hecho para comenzar. Dudosa de cómo proceder, vacila durante algunos momentos, después llega a una decisión y se arrodilla.

SIDI: He venido, Bale, como una niña arrepentida.

BAROKA: ¿Qué?

SIDI: (Muy indecisa, mira al suelo, pero lanza una rápida mirada hacia arriba cuando piensa que el Bale no está mirando.) La respuesta que envié al Bale fue dada en un momento de atolondramiento...

BAROKA: ¿Respuesta, niña? ¿A qué?

SIDI: Un mensaje llevado por...

BAROKA: (Lanza un quejido y se empeña en un esfuerzo muscular.) ¿Cómo dijiste? Es cierto que para la cena requerí tu compañía. Pero hasta ahora Sadiku no ha traído ninguna respuesta.

SIDI: (Asombrada.) ¡Me refiero a la otra cuestión! ¿Acaso el Bale no envió... acaso Baroka no envió...?

BAROKA: (Con siniestro aliento.) ¿Qué no hizo Baroka, mi niña?

SIDI: (Intimidada, pero furiosa, se levanta.) No es nada, Bale. Al menos espero estar aquí por invitación del Bale.

BAROKA: (Como si tratara de comprender, frunce el ceño mientras la mira.) ¡Ah, ah! al fin comprendo. ¿Piensas que me ofendí porque entraste sin ser anunciada?

SIDI: Recuerdo que el Bale me llamó una intrusa indeseable.

BAROKA: Era de esperarse. ¿Acaso el dormitorio de un hombre ha de quedar sin defensa contra cualquier pulga que se aventura a entrar?

Sidi se aleja, muy ofendida.

Ven, ven, niña mía. Te ofendes con demasiada facilidad. Por supuesto, eres más que bienvenida. Pero esperaba que Aila tu me dijera que estabas aquí.

Sidi se inclina un momento de espaldas a Baroka. Después de un rato se da vuelta. La malicia se refleja de nuevo en su rostro. La actitud de negativa de Baroka ha sido un revés, pero ahora ella está lista para continuar su misión.

- SIDI: Espero que el Balc no pensará que soy atrevida. Pero, como todo el mundo, había pensado que la Favorita era una mujer dulce.
- BAROKA: Y así pensaba yo.
- SIDI: (Con astucia.) Apenas puede creerse que ella ofenda sin motivo. ¿Estaba la Favorita... de alguna forma... insatisfecha con su señor esposo?
- Hace una reverencia burlona, ejecutada con rapidez, cuando Baroka comienza a levantar la vista.
- BAROKA: (Se vuelve con lentitud hacia Sidi.) He ahí una pregunta que jamás pensé oír, excepto de un maestro de escuela. ¿Pienzas que el "León" tiene tanto tiempo que pregunta los porqués y las razones de la mirada hosca de una mujer?
- Sidi retrocede y hace una reverencia. Como antes, y durante toda esta escena se intimida con facilidad por el cambio de ánimo de Baroka, tanto más porque, en todo caso, está atemorizada por su propio arrojo.
- SIDI: No tenía intención de faltar el respeto..
- BAROKA: (Dulce.) Lo sé. (Se separa.) ¡Cristianos en los santuarios de mi padre, niña! ¿Pienzas que me ofendí? ¡Ah, ah!, entra y siéntate. Ya que entraste inadvertida, y pareces decidida a quedarte, trata, si puedes, de no hacerme sentir un viejo carnero malhumorado. No permito que nadie observe mi ejercicio diario, pero como dice el refrán, la mujer se pierde un día en la selva, y toda deidad del bosque muere al día siguiente.
- Sidi hace una reverencia, observa y avanza cautelosa; parece esperar que los hombres se separen de repente.
- SIDI: Pienso que él ganará.
- BAROKA: ¿Es ese tu deseo, hija mía?
- SIDI: No, pero... (Vacila, pero vence el atrevimiento.) Si la tortuga no puede caerse, ello significa que puede ponerse en pie.
- Baroka la mira, confundido en apariencia. Sidi se aleja, tarareando.
- BAROKA: Si el niño se está saliendo, la madre tendrá un orinal a mano.
- Sidi va en puntillas hacia la espalda de Baroka, se pone las manos sobre la cabeza, a modo de orejas de burro, y se burla de él.

- SIDI: Creo que él ganará.
- BAROKA: También lo sabe él. ¿Acaso me beneficiaría poner a prueba mi fortaleza contra un alfeñique? Sólo ayer, este hijo de... Sospecho que tuvo una pitón por madre, y fue engendrado, sin duda alguna, por un mandril de fondillo hinchado.
- El hombre elogiado sonríe.
- Sólo ayer, casi me hizo surcar la lengua con mis dientes frontales en un amistoso encuentro de lucha.
- LUCHADOR: (Alentado, hace un esfuerzo.) Uf, uf.
- SIDI: (Se inclina casi encima de ellos. En verdad preocupada.) ¡Oh! ¿Duele?
- BAROKA: Todavía no..., pero como te decía, cambio mis luchadores cuando he aprendido a tirarlos. También cambio mis esposas cuando he aprendido a cansarlas.
- SIDI: ¿Y este es otro... tiempo de cambios para el Bale?
- BAROKA: ¿Quién sabe? Hasta que las uñas de los dedos hayan arañado el polvo, nadie puede saber que insecto soltó sus entrañas.
- Sidi hace una mueca de disgusto y se aleja. Regresa cuando se le ocurre una nueva idea.
- SIDI: Una mujer me habló esta tarde.
- BAROKA: ¿De veras? ¿Y acaso Sidi, encuentra raro... que una mujer le hable por la tarde?
- SIDI: (Patalea.) No. Me traía el mensaje de un intermediario.
- BAROKA: ¿Traía un mensaje? Entonces me regocijo contigo.
- Sidi está de pie y se muerde los labios. Baroka la mira, esta vez con apreciación deliberada.
- Y ahora pienso, ¿por qué no? Debe haber muchos hombres que construyen su desván para que se ajuste a tu altura.
- SIDI: (Sin moverse, mordaz.) El mensaje de ella provenía de uno con muchos desvanes.
- BAROKA: ¡Ah! Tal es la codicia de los hombres.
- SIDI: Si Baroka fuera mi padre (Aparte.) —muchos lo podrían pensar así—,
- Con un gesto brusco.
- ¿pagaría mi dote a este hombre y le daría su bendición?
- BAROKA: Bueno, debo conocer su carácter. Por ejemplo: ¿es rico el hombre?
- SIDI: Los rumores dicen eso.
- BAROKA: ¿Es repulsivo?

- SIDI: Es viejo. (Baroka retrocede.)
- BAROKA: ¿Es avaro y mezquino?
- SIDI: Para los forasteros, no. Hay cuentos sobre su prodigalidad, los que nunca carecen de motivos. Pero sus esposas informan —para contar una pequeña anécdota— cómo aumentó su gusto por el maíz molido con pimienta..., porque no quería pagar el precio de repé.
- Con un repentino estallido de energía furiosa, Baroka alza a su adversario y lo lanza por encima de su hombro.
- BAROKA: ¡Mentira! El precio del rapé no tuvo nada que ver con eso.
- SIDI: (Que está demasiado excitada para escuchar.) ¡Ganaste!
- BAROKA: ¡Por los años de mi barba, juro que me calumnian!
- SIDI: (Excitada.) ¡Ganaste! ¡Ganaste!
- (Estalla en una especie de danza con los hombros y canta:)
- Yokolu Yokolu, Ko ja tan bi
Iyovo gb' ojo san'le
Okó yo'ke...

Repite esto durante las protestas de Baroka. Este camina furioso de un lugar a otro. El hombre derrotado se frota la cadera, va hacia la esquina de la habitación y saca un banco bajo (ako). Se sienta en el suelo, y pronto, Baroka se une a él; utilizan sólo los brazos, colocan los codos sobre el banco y se agarran las manos. Baroka llega a retirar la suya, cambian de manos, y repiten el mismo juego hasta terminar su airada exposición

- BAROKA: Desde luego, esto no significa nada para mí. ¡Nada!
- Pero conozco los manejos de las mujeres, y además sus ignominiosas lenguas. Supongamos que, cuando era niño —tan sólo suposición—, supongamos entonces, que cuando era niño, yo... —y recuerda que me pongo en este ejemplo sólo por ilustrar los apuros de muchos hombres—, de modo que, de nuevo supongamos que, de niño, aprendí a gustar del tanfiri con una buena proporción de pimienta y, a medida que crecía, descubrí que, en lugar de disminuir, crecía mi pasión por el tanfiri con cada puñado de maíz molido y pimienta que comía.
- Ahora bien, piensa, niña mía, si sería decoroso a mi edad, padre de varios hijos, que me vean, en público, llenarme la boca con puñados de maíz y pimienta. ¿No es más sabio entregarse a la pequeña mascarada de una digna cajita de rapé? Pero no olvides que abogo por una víctima de la malicia de las mujeres. ¡Siento como mía su injusticia pues yo mismo soy un sufriente semejante de la misma desgracia cotidiana!

Baroka parece darse cuenta por primera vez que Sidi no le ha prestado la menor atención a sus explicaciones. Es más, aún tararea y mueve los hombros. El la contempla inquisitivo. Sidi se detiene, un tanto penosa y confundida, y señala con timidez al luchador.

SIDI:

Creo que esta vez ha de ganar él.

Baroka deja de rezongar poco a poco. Pone toda su atención en el nuevo encuentro.

BAROKA:

Volvamos ahora a la cuestión. (Casi con timidez.)

¿Es este hombre bueno y amable?

SIDI:

Se dice que lo es con sus perros y sus caballos.

BAROKA:

(Desesperado.)

¿Es fiero entonces? ¿Es imprudente? ¿Corre a esconderse en su madriguera en la caza del monte al oír los gritos de Hei-ei-wo-rah que dan los cazadores?

SIDI:

Tiene cabezas y pieles de leopardos colgadas en su sala de consejo. Pero también el mercado está lleno de ellas.

BAROKA:

¿No es juicioso? ¿No actúa con sabiduría? ¿No buscan su consejo jóvenes y viejos?

SIDI:

Se dice que el "Zorro" es sabio tan astuto que acecha y se come a los pollitos recién salidos.

BAROKA:

(Cada vez más exasperado.) ¿No engendra fortaleza en los vientres? ¿Sus hijos no son altos y de pernas vigorosas?

SIDI:

Así solía ser.

BAROKA:

¿Qué solía ser así? ¿Qué quieres decir con eso, muchacha?

SIDI:

Que tan sólo solía ser así. Quizá sus hijos, de un tiempo a esta parte, padezcan de timidez y se nieguen a venir al mundo. O tal vez esté tan cansado él, con los asuntos de cada día, que por las noches le vuelva las nalgas a sus mujeres. El caso es que sus sirvientes no han cortado nuevos junquillos para tejer nuevas esteras. Y sus dioses domésticos están hambrientos por falta de las fiestas que dan nombre a los niños desde las últimas dos lluvias.

BAROKA:

Tal vez sea un hombre frugal, atento a los años venideros, o proyecta un estallido final de vida y economiza su fortaleza.

SIDI:

(Se ríe nerviosa. De hecho, la risa que le produce la agudeza de su contestación le impide continuar.)
La atención a sus mujeres, sin duda deba ser la principal obligación de un hombre, en todo momento.

BAROKA:

Mi barba me dice que has sido alumna, una muy diligente alumna de Sadiku. ¡Entre todas las mujeres sin vergüenza, las más agudas lenguas nacen de ese mordaz ladrado, de Sadiku, mi fiel lagartija!

Se enardece con sus palabras, de nuevo voltea el brazo de su oponente al grita ¡Sadiku!

SIDI:

(Retrocede, consciente de que tal vez ha ido demasiado lejos y ha revelado su conocimiento del secreto.)
Yo no he sabido nada por nadie.

BAROKA:

YA es suficiente. ¡Basta ya! Ya he perdido un luchador oponente por tu culpa. El atrevimiento pueblerino de las pequeñas muchachitas, despierta en mí un demonio de fortalezas con siete cuernos.
Basta que una mujer hable al descuido una palabra y puedo enderezar un culebreo, ¡bah!

Suelta el brazo del hombre. En este último parlamento, se ha puesto en pie y lo sujeta del brazo, lo cual obliga al luchador también a pararse junto con el Bale.

Los vendedores de vino de palma ya deben de haber pasado, mira si tenemos un recipiente fresco en la puerta.

El luchador sale. Baroka va hacia la cama a sentarse. Sidi lo observa, recelosa.

¡En qué malgenioso hombre me convierto día a día! Pronto mi voz será arena triturada entre dos piedras. Pero tengo mi esparcido benevolencia, aunque pocas ocasiones sirvan para anunciarlo. Y tú, Sidi, hija mía, ¿no sabes los pensamientos que me llevaron a solicitar el placer de ser tu anfitrión esta noche? Ni siquiera a Sadiku se lo dije; quería deleitarte con ellos y guardar su sorpresa. Dime ahora, niña, ¿puedes adivinar un tanto de qué se trata?

SIDI:

Sadiku no me dijo nada.

BAROKA:

Te apresuras a negar. ¿Qué, desde luego podría decirte Sadiku, si nada le dije a ella de lo que tenía en mente? Pero, hija mía, ¿no habrá inventado ella, tal vez... algún cuento? Porque bien sé que Sadiku ama el creer saberlo todo.

SIDI:

No dijo más salvo que el Bale rogaba mi presencia.

BAROKA:

(Mordiendo rápido el anzuelo.)
¿Rogaba? ¿Qué el Bale rogaba...?

El luchador entra con el recipiente y vasos de calabazas. Baroka recapacita.

¡Ah! Veo que te gusta provocar a tus mayores. En eso el mundo sigue siendo el mismo. El niño aún piensa que es

más sabio que la cabeza de algodón de la vejez. ¿Piensas tú que Baroka es ciego o sordo ante las pequeñas señales? Pero dejemos eso. Sólo que, para que no seas la víctima de los manejos de mujeres enredadoras, debo decirte esto: Sé que Sadiku se hace la casamentara sin contar conmigo. Basta que mira a una doncella, o la llame por su nombre aun en un saludo inofensivo, o al desearle el bien a mis vecinos: "¿Cómo sigue su hija? ¿Sé ha recuperado ya su hermana de la tosferina?" "¿Cuán rápido llegas a tu plenitud femenina! ¿Han comenzado ya los jóvenes de la aldea a reunirse a tu puerta?", o cualquier otra palabra que demuestre que soy el celoso guardián de la salud de la aldea si se refiere a una mujer, impulsa a Sadiku de inmediato a representar el papel de "correvedile" y antes de que pueda ponerme siquiera un gorro, me encuentro con otra extraña en mi cama.

SIDI:

Parece que la vida de un Bale está llena de infelicidad.

BAROKA:

No me quejo. No, mi niña. Acepto lo agrio y lo culce con el donaire del que gobierna. Pierdo la paciencia tan sólo cuando me tropiezo con la novedad de la inmodestia en las mujeres. Ahora bien, Sidi mía, tú no te has contagiado con esta nueva y extraña enfermedad, al menos eso espero.

SIDI:

(Con un reverencia.) En la trama de mi blusa ¿no reconoce Baroka la marca del telar de la aldea?

BAROKA:

¿Pero Sidi, el orgullo de las madres, lo usará siempre?

SIDI:

¿Y habrá Sidi, la orgullosa hija de Baroka, de salir desnuda a la calle?

Una pausa. Baroka recorre a Sidi con la mirada en forma casi paternal y ella baja los ojos, ruberizada.

BAROKA:

Y pensar que una vez creí a Sidi una delicia para los ojos, pero envanecida con la cabeza ligera como una pluma y siempre voluble por un pensamiento trivial. Y ahora la encuentro profunda y sabia por encima de sus años.

Busca bajo su almohada, y saca la ya familiar revista y un sobre escrito. Guarda la primera y le entrega el sobre.

¿Sabes lo que significa esto?
¿Este pequeño pedazo de papel rojo en la esquina?

SIDI:

Lo conozco. Es un sello. Lakanle recibe cartas de Lagos que llevan esa seña.

- BAROKA: (Obviamente decepcionado.)
Hm, Lakunle. Después hablaremos de él.
¿Sabes lo que quiere decir esta pequeña freslería?
- SIDI: (Muy orgullosa.)
Sí. También lo sé. ¿No es un impuesto sobre la costumbre de hablar con papel?
- BAROKA: ¡Oh, oh! Veo que hundes tus manos en los bolsillos del maestro de escuela y las retiras rebosantes de sabiduría.

Va hacia la extraña máquina, y mueve la palanca hacia arriba y hacia abajo.

Ahora bien, esto; ni siquiera el maestro puede contar la magia que esto ejecuta. Acércate, no te morderá.
- SIDI: Nunca había visto cosa igual.
- BAROKA: El trabajo, querida niña, de los herreros de palacio, construido en absoluto secreto. Hay algo que no anda bien, pero he de encontrar la causa y entonces Ilujinle podrá ostentar su propio impuesto sobre el papel, hecho con sellos como este. Durante largo tiempo lo señé y helo aquí, niña de mis pensamientos.
- SIDI: (Muy impresionada.) ¿Quiere decir... que esto funcionará algún día?
- BAROKA: Ogn ha dicho la palabra. Y ahora, mi niña, ¿qué me dices de la imagen en el sello, esta telaraña de hierro, madera y argamasa?
- SIDI: ¿No es un puente?
- BAROKA: Es un puente. El más largo —así dicen—, en todo el país. Cuando no es un puente, verás un grabado de nueces dispuestas como pirámides o palmeras, o árboles de cacao, y campesinos que abren vainas, y obreros que talan árboles y amarran los leños como balsas. Miles y miles de cartas por carreteras, por raíles, por el aire, desde un confín de mundo al otro y ni siquiera una cabeza humana entre ellos: ¡ni la cabeza de una beldad en los sellos!
- SIDI: Pero una vez vi en una carta de Lakunle una cabeza de bronce.
- BAROKA: Una invención, mi niña, obra sin vida de la técnica, con agujeros en lugar de ojos, y la frialdad mayor en lugar del calor de vida y de amor en las juveniles mejillas como las tuyas, hija mía...
Se detiene para observar el efecto que han hecho sus palabras sobre Sidi.

...¿Puedes verlo, Sidi? Decenas de miles de estos minúsculos grabados y cada uno con esta leyenda sobre Sidi.

Enarbola la revista, abierta por el centro.

La diosa de la aldea, que quiere alcanzar al sol, su amante. ¡Ya lo ves, hija mía!

Sidi se hunde por completo en un estado contemplativo y toma la revista sin mirarla siquiera. Se sienta en la cama.

BAROKA:

(Muy suave.)

Espero que no pienses que es una carga demasiado grande, el llevar todo el correo del país sobre tu gracia.

Se aleja caminando, con un tono casi comercial.

Al principio tendremos que ser modesto desde luego. Comenzaremos por cortar sellos sólo para nuestra aldea. Como diría el mismo maestro de escuela: La caridad empieza por casa.

Hace una pausa. Se enfrenta a Sidi desde el otro extremo de la habitación.

Desde hace mucho tiempo, los habitantes del pueblo han urdido cuentos sobre el atraso de Ilujinle, hasta herir a Baroka, que su guarda el bienestar de su pueblo en lo profundo de su corazón. ¡Ahora bien, si hacemos esto, habremos logrado más que ninguna otra aldea!

El luchador, que ha escuchado boquiabierto, deja caer su copa, absorto. Baroka, molesto, tan sólo en este momento se da cuenta de que ha estado en el cuarto, y le hace señas para que salga.

No odio el progreso, tan sólo su naturaleza que da un aspecto igual a todos los techos y las caras. Y el deseo de un hombre viejo es que aquí y allí,

Se acerca a Sidi, hasta que se inclina sobre ella y se sienta a su lado en la cama.

entre los puentes y las carreteras asesinas, bajo los pájaros zumbadores que ahuman el rostro de Changó que concede la lengua de serpiente del relámpago; entre este momento y la inquieta escoba que será manejada en estos años venideros, debemos dejar atrás la trama virgen de muchas vidas, la gran decadencia y el gusto del vapor que se eleva por entre olvidados montones de estiércol; descansa en paz... Pero la piel del progreso enmascara, sin saberlo, el manchado lobo de la uniformidad... ¿No te repugna la uniformidad, hija mía?

Sidi es capaz tan sólo de asentir confundida, con un lento movimiento de cabeza.

- BAROKA: (Suspira piadoso, con las manos cogidas sobre su regazo.)
 Creo que mi alma es sensible, como la tuya sin duda, aunque hay —no más creo— una sola generación entre tú y yo, nuestros pensamientos vuelan lozanos por el aire y se encuentran, purificados, como uno mismo. Y nuestra primera unión es la confección de este sello. La única gracia redentora de cualquier impuesto de papel será tu rostro. Y mía, el alma detrás de todo esto, que venera a la naturaleza por su regalo de juventud y belleza para nuestra tierra. ¿Esto no te complace, hija mía?
- SIDI: Ya no me es posible ver el significado, Baroka... Ahora que hablas casi como el maestro de escuela, sólo que tus palabras vuelan por una senda distinta, encuentro que...
- BAROKA: ¿Es algo malo, entonces, señor como tu maestro de escuela?
- SIDI: No, Bale, pero las palabras son como escarabajos que fastidian mis oídos, y la cabeza se me convierte en un frijol saltarín. Tal vez después de todo, como suele decirme el maestro de escuela (Muy contrariada.), yo tengo una mente muy simple.
- BAROKA: (Le da suaves palmadas en la cabeza.)
 No, Sidi, no es simple, sino recta y veraz como un junquillo de agua fresca. Pero yo sí encuentro que tu maestro de escuela y yo nos parecemos mucho. La prueba de la sabiduría es el deseo de aprender hasta de los niños. Y la prisa de la juventud tiene que aprender a modelar su genio y tomar el brillo de las pieles antiguas, de una fortaleza cuyo tejido apretado alrededor del grano, la protege. El maestro de escuela y yo, tenemos que aprender el uno del otro. ¿No es cierto esto?
- Sidi asiente, al borde de las lágrimas.
- BAROKA: Lo viejo debe fluir hacia lo nuevo, Sidi, no cegarse o mantenerse estúpidamente apartado. Una muchacha como tú debe heredar los milagros que tan sólo la edad revela. ¿No es así?
- SIDI: Bale, todo lo que dices me parece sabio.
- BAROKA: Tan sólo el vino de ayer es fuerte y de linaje, niña, y a pesar de que el libro sagrado de los cristianos niegue la verdad de esto, el vino añejo prospera mejor en una botella nueva. Las asperezas se suavizan, y el vino tosco toma un cuerpo pleno y redondo... ¿No es así, mi niña?
- Muy impresionada, SIDI ASIENTE.
- BAROKA: Los que conocen poco de Baroka piensan que su vida es un lecho de placeres. Pero el mono suda, mi niña, el mono suda, es tan sólo el pelo sobre su lomo que aún engaña al mundo...

La cabeza de Sidi cae con lentitud sobre el hombro del Bale. El Bale permanece en su actitud final de cuerpo agobiado por las cargas del Estado.

Aun antes de que la escena termine un grupo de bailarines irrumpe en el frente y danza a ambos lados sin que decaiga el ritmo. En su breve paracición debe quedar claro que representan a un grupo de mujeres que persiguen a un varón enmascarado. El ritmo de los tambores y las exclamaciones continúan audibles. Poco después vuelven a entrar y cruzan el escenario de la misma manera. Las exclamaciones disminuyen y de nuevo toman fuerza en el claro del mercado.

Ya es de noche. Lakunle y Sadiju aún esperan el regreso de Sidi. Los mercaderes empiezan a aparecer, uno por uno, listos para el mercado nocturno. Los vendedores ambulantes atraviesan el lugar con sus lámparas de aceite que iluminan las cercanías. Los vendedores de comida entran con sus cazuelas y utensilios, preparan su adogan o fegón de piedra y encienden su fuego. Durante todo esto, Lakunle se pasea desesperado mientras Sadiku lo contempla con calma.

LAKUNLE:

(Que se pasea furioso.)
La ha matado. Te lo advertí. Lo conoces bien. Y yo te lo advertí.

Va a mirar a todas las entradas.

Ha estado allí la mitad del día. Pronto amanecerá. Y aún no tenemos noticias. Se ha dado antes el caso de mujeres desaparecidas, sin dejar huellas. Se han esfumado. Ahora sabemos cómo.

Vuelve a mirar, y se da vuelta.

¡Y por qué ha de ser así!
Querían burlarse de un hombre viejo, ¿no es así? ¡Y te ríes? ¡Ja, ja! Ya verás. Llegaré a contemplarte azotada como una perra. La principal esposa de Baroka expulsada de la casa por conspirar con una niña.

Cada pisada que se acerca llama la atención de Lajunle, pero siempre se trata de un vendedor ambulante o un transeúnte. Pasa el luchador. Sadiju lo saluda con familiaridad. Entonces, después que se ha marchado, se le hace claro a Sadiku algún significado al pasar el luchador y se le nota un tanto perpleja.

LAKUNLE:

Yo sé que él tiene calabozos. Agujeros secretos en los que una muchacha indefensa puede quedarse para siempre, hasta que se pudra. Pero por algo nací hombre. He de encontrar la forma de rescatarla. Por poco que lo merezca, estoy dispuesto a arriesgar mi vida por ella.

Se oyen de nuevo las máscaras, a distancia. Sadiku y Lakunle les prestan atención. A medida que el ruido se acerca, Lakunle se pone

cada vez más inquieto. La gente del mercado también les presta atención, pero no mucha.

LAKUNLE:

¿Qué es eso?

SADIKU:

Si no me equivoco, han de ser máscaras. (Y añade astuta.) Alguien debe de haberles dado la noticia.

LAKUNLE:

¿Qué noticia?

Sadiku se ríe malévolamente y el maestro de escuela comprende.

¡Lo de Baroka! ¿Te has atrevido...? Mujer, ¿es que no hay piedad en tus venas. Te dio hijos, y les brindó su apoyo fiel a ti y a ellos. Arriesgó su vida para que pudieras jactarte de tener un guerrero cazador por señor tuyo... Pero tú lo vendes a la burla de la gentuza y disfrutas tu propia deslealtad...

SADIKU:

(Mete las manos en los bolsillos del maestro, con toda tranquilidad.)

¿Tienes diestro?

LAKUNLE:

(Le saca la mano.)

¿Cómo? ¿Qué?... ¡Aléjate, bruja! ¿Te has vuelto carterista en tu chochera?

SADIKU:

No seas tacaño. ¿Los vas a dejar ir sin que actúen sólo para ti?

LAKUNLE:

¿Crees tú que me importan sus obscenidades...?

SADIKU:

(Lisonjera.) Vamos, maestro de escuela. Es lo menos que pueden esperar de ti... El hombre de letras. El retoño nuevo de sabiduría extranjera... debe darles dinero para que se esmeren ante su señoría...

Regresan las máscaras y bailan en toda la escena (más al centro esta vez). El bailarín entra primero, perseguido por un grupo de mujeres jóvenes y parte del coro. El hombre baila con movimientos tortuosos. Tanto él como cerca de la mitad de sus perseguidores ya han bailado fuera de escena, del lado opuesto, cuando Sadiku mete de repente su mano en el bolsillo de Lakunle. Esta vez con mayor éxito. Antes de que Lakunle pueda evitarlo sale disparada hacia los tamboreros les presiona una moneda en la frente a cada uno y les indica que se apoderen de todo el escenario. Echan sus cabezas hacia atrás y tamborean sus alabanzas hacia ella. Sadiku rechaza el crédito y señala a Lakunle que se muerde los labios por el truco que le han hecho. El resto de los bailarines ya ha regresado y los tamboreros retoman el ritmo del baile interrumpido. El tesorero quita las monedas de las frentes y las coloca en una bolsa. Comienza ahora la danza de la virilidad que no es otra cosa que la historia de Baroka. Los movimientos son muy atléticos. Aún en

sus comienzos, Baroka es presentado como figura cómica, hacia el cual sus mujeres muestran una especie de respeto tolerante. Cuando comienza a declinar, y en su caída final, las mujeres no lo perdonan con sus burlas y movimientos atormentadores. Sadiku no ha dejado de saltar y marcar el compás con sus pies. Ahora se le hace el honor de invitarla a sumarse a la mantanza. Sigue una pantomima de negativas tímidas, y al final accede a unirse a ellos y demuestra una sorprendente agilidad para sus años, lo que provoca el más estrepitoso entusiasmo del resto, que la rodea y la estimula a continuar el baile. Una vez que Baroka ha sido herido, la multitud danzante regresa a su movimiento de entrada y deja a SADIKU bailando sola, sin notar la partida del resto. Se hace más distante el tamboreo y Sadiku antea sus párpados, suspira, mira en derredor y camina contenta hacia Lakunle. Como de costumbre, él ha disfrutado del espectáculo a pesar de sí mismo y se deleita sobre toda cada vez que las mujeres de Baroka le hacen pasar un mal rato. Sadiku lo contempla unos instantes, mientras que él trata de sustituir su evidente entusiasmo con una actitud desdeñosa. Sadiku le grita "¡Buu!" y eyectura un rápido movimiento de danza que termina al sacudir una pierna en dirección de Lakunle.

SADIKU:

"Sadiku, la de los pies de gacela..." Así solían decirme los hombres. Era capaz de mover y remover mi cintura con la suavidad de una serpiente de agua...

LAKUNLE:

No lo dudo. Y eres aún igual de resbalosa. Ojalá que Baroka te dé muerte por lo que acabas de hacer. Cuando se entere de lo que tu incesante lengua ha hecho de él, espero que te apalée, hasta que te ahorgues en tu propia respiración...

Irrumpe en la escena Sidi, que ha corrido todo el camino. Se tira al suelo, contra el árbol, y solloza con violencia. Se golpea una y otra vez contra el suelo.

SADIKU:

(Que se arrodilla a su lado.) Pero, ¿cómo? Hija, ¿qué ha sucedido?

SIDI:

(La empuja.) Aléjate de mí. No me toques.

LAKUNLE:

(Con una sonrisa triunfal, aparta a Sadiku y toma su lugar.) ¡Oh, Sidi!, déjame besar tus lágrimas...

SIDI:

(Le da un empujón tan fuerte, que lo sienta.) No me toques.

LAKUNLE:

(Se quita el polvo.) Debe haberla apaleado. ¿No se lo advierte a las dos? Baroka es una criatura de la selva, sin instrucción, sin modales, si

delicadeza alguna.

Sidi llora cada vez más, se golpea contra el suelo con los puños cerrados y pátalea con fuerza al mismo tiempo.

Aunque es el Jefe, lo he de matar por esto... No. Mejor aún, demandaré una revisión de la Corte Suprema. Haré que se pase el resto de su maldita vida en la cárcel, sometido a trabajo forzado. Lo voy a enseñar a apalear mujeres indefensas...

SIDI:

(Levanta la cabeza.)
¡Tonto! ¡Qué pequeños tontos! Todo era mentira. ¡El muy sapo! ¡El astuto sapo! Te mintió, Sadiku.

SADIKU:

¡No lo permita Changó!

SIDI:

Me lo dijo..., después, mientras alardeaba. Fue un truco. Sabía que Sadiku no iba a guardar el secreto, que yo, o tal vez otras doncellas, nos enteraríamos e iríamos a burlarnos de sus pretensiones. ¡Y cómo se rió! ¡Cómo croaba y croaba su cara de sapo y me llamaba tonta! ¡Oh, qué odio le tengo! ¡Cómo lo detesto! ¡Cómo ansío matarlo!

LAKUNLE:

(Retrocede.) Pero, Sidi, ¿llegó él a...? Es decir... ¿Lograste escapar?

Mayores sollozos de Sidi.

Habla, Sidi, esto es la agonía, dime lo peor; sabré tomarlo como un hombre. Es el miedo lo que te afecta tanto, ¿o es que él...? Sidi, no puedo soportar ni el pensarlo. Las palabras se niegan a formarse. No me quites la hombría, Sidi. Habla antes de que me eche a llorar.

SADIKU:

(Levanta la barbilla a Sidi con su mano.) Sidi, ¿eres virgen o no?

Sidi niega violentamente con su cabeza e irrumpe de nuevo en sollozos.

LAKUNLE:

¡El señor nos proteja!

SADIKU:

Ya es muy tarde para plegarias. Alégrate. Eso les sucede a las mejores de nosotras.

LAKUNLE:

¡Oh, cielos, fulmínenme tus rayos! ¡Tierra, ábrete y trágate a Lakunle, porque ya él no tiene deseos de vivir! ¡Qué un relámpago caiga sobre mí deshaciéndome en polvo y en cenizas...!

Se retracta.

No, ese deseo es cobardía. Esta prueba es toda mía. Que Changó y sus relámpagos no se metan en esto. Es mi cruz, y no será dicho que en la hora de la verdad, Lakunle fue puesto en la balanza y resultó deficiente. Mi amor no es egoísta, es amor del espíritu y no de la carne.

Enfrentado a Sidi.

Querida Sidi, hemos de olvidar el pasado. Esta gran desventura no altera el tesoro

de mi amor. Pero has de convenir, porque es lo justo, en que nos olvidemos por completo del precio de la dote, ya que no se te puede considerar más como doncella. He aquí mi mano; bajo esos términos, serás mi adorada esposa. Hemos de jurar, entre nosotros tres, mantener esto en secreto hasta nuestros últimos días...

Mira a Sadiku y añade con rapidez.

No, más aún; hasta que estemos muertos y nos hayamos ido. Y si Baroka se atreve a hacer alardes, juraré que es un mentiroso. ¡Y juraré también por Chagó!

Sidi se levanta con lentitud, contempla a Lakunle con ojos incrédulos. No sonríe. Su rostro es un acertijo.

SIDI:

¿Lo harías tú? ¿Te casarías conmigo?

LAKUNLE:

(Saca el pecho.) Sí.

Sin cambiar de expresión, Sidi se abalanza fuera de escena.

SADIKU:

Y ahora, ¿qué puede haberla poseído?

LAKUNLE:

Ojalá lo supiera. Nos dejó, de repente, como una gacela perseguida.

Mira fuera de la escena.

Creo que —sí, en efecto— se fue a la casa. Sadiku, ¿por qué no vas? Averigua si puedes lo que piensa hacer.

Sadiku asiente y sale. Lakunle se pasea de arriba a abajo.

Ahora comprendo que soy el mayor tonto que paseó esta tierra. Hay mujeres que pueden encontrarse en cada aldea o pueblo, en todas partes, y todas ellas vírgenes. Pero yo obedezco a mis libros.

Música distante. Un ligero tamboreo, flautas, guitarras de caja y sékere.¹²

El hombre toma de la mano a la mujer caída y para siempre viven felices. Es más, estoy dispuesto a admitir que soluciana el problema del precio de la novia también. Un hombre debe vivir o morir por sus principios. Y juré que nunca pagaría.

Entra Sadiku.

SADIKU:

Empaqueta sus cosas, reúne sus vestidos y adornos, y se unge como lo hace una novia antes de la boda.

LAKUNLE:

¡Que el cielo se apiade de nosotros! Yo no soy tan impaciente. Podía, por lo menos, esperar uno o dos días, pues todavía está por celebrarse la petición y tengo que alquilar un cantor de elogio y un sinnúmero de ceremonias que deben ejecutarse primero.

SADIKU:

Lo mismo le dije yo, pero ella se rió en mi cara y me llamó una... una..., ¿cómo era...? una braba..., una "brábar"

Te lo tienes merecido. Es el resultado de tus enseñanzas. Le pregunté acerca de la petición y las demás ceremonias. Me miró y me dijo: "Déjale toda esa tontería a los salvajes y los bárbaros."

LAKUNLE:

Pero yo tengo que prepararme. No puedo ser soltero un día y casado al día siguiente; eso debe ocurrir a su tiempo. No he de casarme a la carrera, un hombre tiene necesidad de tiempo para prepararse, para aprender a gustar de la idea. Debo, también, pensar en mis alumnos: ¿Les gustaría a ellos que yo me casara sin solicitar su aprobación...?

El grupo que canta resulta ya audible para todos.

¿Qué es eso? ¿Son los músicos? ¿Cómo se han enterado tan rápido?

SADIKU:

La diosa del chisme malicioso debe haber medido su mano en contra mía. Los espíritus mismos del parcial aire han conspirado todos para lanzarme, quiéralo o no, por la resbaladiza ladera del feo matrimonio. ¿Qué mal he cometido...? ¡Ah, aquí vienen!

Entran la muchedumbre y los músicos. Vuélvanse atrás. Aquí no se les necesita. Ni jamás se les necesitará; de modo parásitos, que se han equivocado. No hay nadie que se case; váyanse a sus casas.

Entra Sidi. En una mano lleva un bulto, hecho con una tela ricamente bordada en la otra, la revista. Está radiante, enjoyada, con vestiduras ligeras, y lleva puestas unas livianas sandalias de correas de piel. De repente todos guardan silencio, con excepción de los prolongados Ah, ahs y Oh, ohs de admiración que se escuchan. Sidi va hacia Lakunle y le entrega el libro.

SIDI:

Un regalo de parte de Sidi. Traté de romperlo, pero mis dedos resultaron frágiles.

Al grupo.

Vamos.

A Lakunle.

También puedes venir tú, si quieres; estás invitado.

LAKUNLE:

(Perdido en el milagro de la transformación.)
No digo yo si lo estoy, ya que me he de casar contigo.

SIDI:

(Se vuelve, sorprendida.)
¿Con quién...? Tú pensaste que..., ¿de veras pensaste que tú y yo...? ¿Cómo pudiste pensar que después de él, podré soportar que otro hombre me tocara?
¿Yo, que he sentido la fuerza, el perpetuo gozo juvenil de la "Pantera" de los árboles? ¿Y habría de escoger la visión imberbe y aguachenta del hombre inmaduro?

LAKUNLE:

(Le impide el paso.)
No te lo permitiré. Te protegeré de ti misma.

SIDI:

(Le da un empujón que de nuevo lo sienta de golpe, en la base del árbol.)
Fuera de mi camino, camarón criado a fuerza de libros. ¿Ves la fuerza que él me ha dado? No estuvo mal. Para un hombre de sesenta, fue el secreto de la poción del mismo Dios, una hazaña para tambores y baladas. ¡Pero tú, a los sesenta, llevarás diez años muerto! De hecho, no sobrevivirás a tu propia luna de miel... Ven a mi boda si quieres. Si no...

Se encoge de hombros y se arrodilla a los pies de Sadiku.

Madre de las novias, tu bendición...

SADIKU:

(Coloca su mano sobre la cabeza de Sidi. Invoca a los dioses de la fertilidad. Estarán contigo. Que llegue pronto el tiempo en que tu vientre se redondee como una luna llena en el cielo bajo.)

SIBI:

(Se vuelve hacia los músicos)

(Le entrega el bulto.)
Bendice ahora mis bienes terrenales. Vengan, canten acerca de las semillas y de los hijos engendrados por la estirpe del "León".

Los músicos reanudan sus melodías. Sidi canta y baila.

Mo te'ni. Mo te'ni.
Mo te'ni. Mo te'ni.
Sun mo mi, we mo mi
Sun mo mi, fa mo mi
Yarabi lo m'eyi t'o le d'omo...

Un aire festivo lo penetra todo. Las lámparas de aceite se multiplican a medida que los mercaderes dejan sus puestos para unirse al grupo. Una muchacha joven alardea con sus bailarinas nalgas frente a Lakunle y él se pone en pie ante la carnada. Sadiku lo interrumpe en su persecución y lo obliga a bailar con ella. Se le ve, por última vez, desembarazado de Sadiku, abrirse paso por entre la multitud en busca de la muchacha. La muchedumbre le hace coro a Sidi.

Tolani Tolani
T'emi ni T'emi ni
Sun mo mi, we mo mi
Sun mo mi, fa mo mi
Yarabi lo m'eyi t'o le d'omo.

F I N

NOTAS

León y la Joya

La Mañana

Seminario de Dramá

1. Odán: Especie de árbol datilero, que suele sembrarse para disfrutar de su sombra. A Ogún, dios yoruba de hierro y la forja, se le sacrifican perros en una ceremonia anual. En algunos lugares la ofrenda se cuelga de un árbol en el mercado. (N. del T.)
2. En toda Africa, la mujer suele llevar pesos sobre la cabeza como la cosa más natural, y es proverbial la belleza de su cuello. De ahí el rejuego irónico con la opinión del "moderno" maestro. (N. del T.)
3. En algunas regiones de Africa la mujer no se cubrió los senos hasta que esa costumbre le fue impuesta por los colonizadores europeos. (N. del T.)
4. Exclamación típica de algunas lenguas africanas, que forman un juego tonal en la misma voz de algunas vocales. (N. del T.)
5. Bale: Jefe tradicional de una aldea o provincia yorubá. Por encima de los Bales está el Obá. (N. del T.)
6. Entre algunos pueblos africanos, el dinero o los bienes dados por el novio o su familia, a la de la novia, constituyen una especie de dote. (N. del T.)
7. Agbada: Túnica exterior, muy ancha, usada por los yorubás. (N. del T.)

TARDE

8. Harmattan: Viento seco, cargado de polvo, que sopla desde el interior sobre la costa atlántica de Africa, en algunas estaciones. (N. del T.)
9. Changó: Dios yorubá del fuego y el trueno. Es una figura mitológica. Según Johnson, es el cuarto Alafín de Oyó. (N. del T.)
10. Bramadera (zumbador): En inglés bull-roarer. Tablilla que produce una especie de rugido cuando se le hace girar por encima de la cabeza, en el extremo de una cuerda o correa. Es muy similar a un instrumento sencillo denominado Oro que, según Fernando Ortiz, los yorubás emplean para ciertos ritos funerarios y que les infunde temor. (N. del T.)

NOCHE

11. Ayo: Juego bastante generalizado en toda Africa occidental. Consiste en pasar unas pequeñas bolas de madera por doce compartimientos en forma de tazas, que constituyen el tablero del juego. Los participantes se van eliminando uno a otro, hasta que todas las bolas quedan en poder de uno sólo. N. del T.
12. Sékere: Variante de maraca vegetal. Consiste en un guiro grande, ferrado casi en su totalidad, menos por sus extremos, con una red de cordeles, en cuyos múltiples hilos se entrecruzan unos abalorios grandes. Se percute en multitud de puntos externos. Generalmente un conjunto utiliza tres sékere o shekeré. (N. del T.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS